

# Rowan

Emily Rodda



EL CONJURO DE  
LOS VIAJEROS

se

Acurrucada junto al fuego, en su pequeña cabaña, la bruja Sheba acaba de tener un presagio terrible: un enemigo mortal va a destruir el pueblo de Rin. hace pocos días que los Viajeros, un clan nómada, se han instalado en la aldea, y su visita no agrada absolutamente a nadie. Las sorpresas llegan, sin embargo, cuando este clan abandona el pueblo: entonces, todos los habitantes del Rin sufren un profundo ataque de sueño. Todos menos Rowan, que deberá hallar el remedio a esta extraña epidemia como sea...



Emily Rodda

# **El conjuro de los viajeros**

**Rowan-2**

ePub r1.0

fenikz 04.02.14

Título original: *Rowan and the Travellers*

Emily Rodda, 1994

Traducción: Eduardo García Murillo

Ilustraciones: Matt Wilson

Editor digital: fenikz

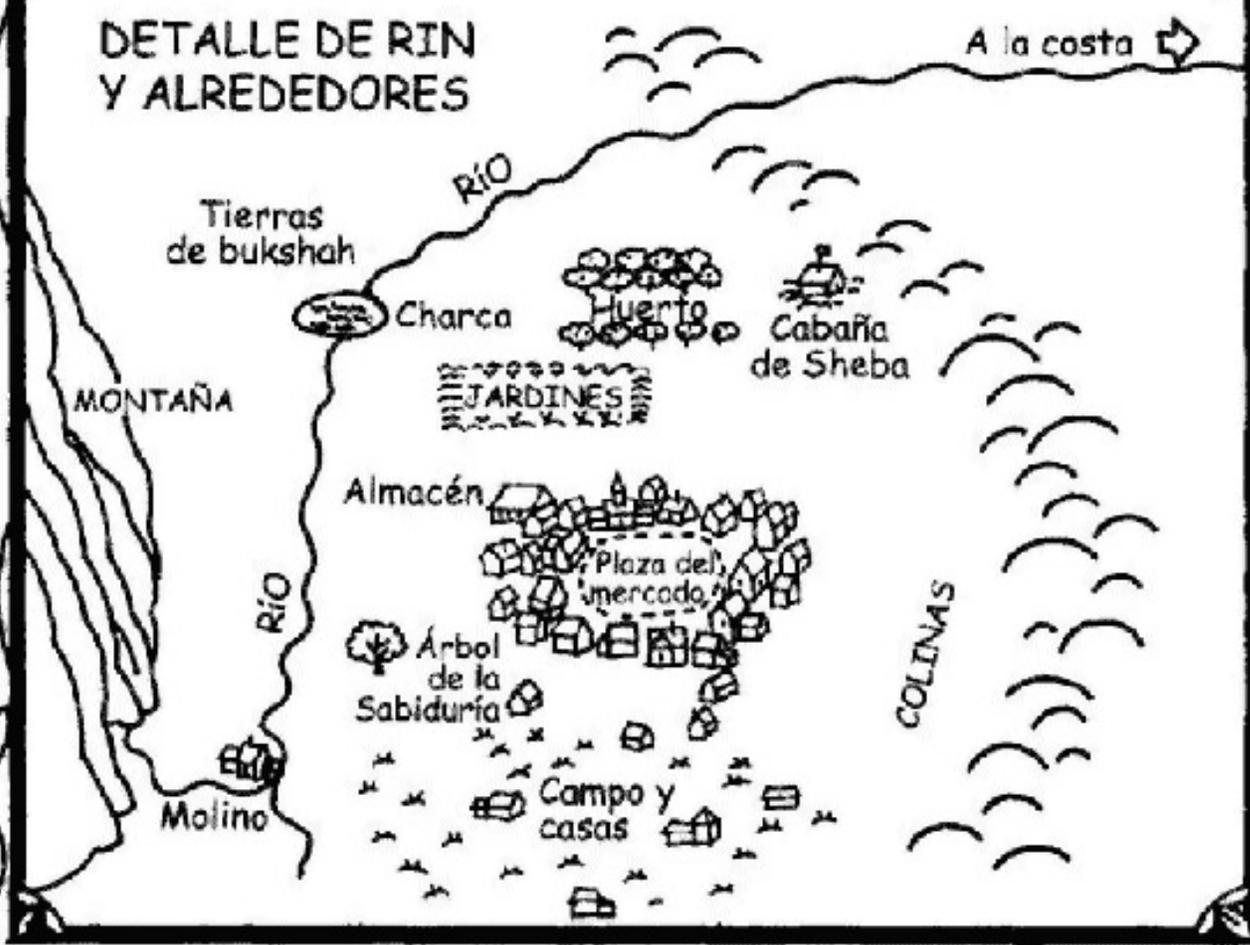
ePub base r1.0



# El mundo de Rowan



## DETALLE DE RIN Y ALREDEDORES



# 1 ∞ Buenas noticias, malas noticias



—¡Vienen los Viajeros! ¡Vienen los Viajeros!

La noticia se propagó a toda prisa por el pueblo de Rin. Los niños la proclamaban a voz en grito, sus voces resonaban en todo el valle y despertaban ecos en la gran Montaña que se alzaba sobre la villa. La gritaban mientras corrían como posesos bajando las colinas, al otro lado de los campos de los bukshah y el huerto, junto a los jardines y hasta llegar a la plaza del pueblo.

Habían visto a los tres Heraldos volando sobre las colinas, las cometas a las que se aferraban brillando contra el cielo. Sabían que los carros, los caballos y la gente que parloteaba y cantaba estaba cerca.

Los Viajeros llegaban, traían juegos y cuentos, baile y música, cosas maravillosas para intercambiar. Pronto, sus tiendas de alegres colores se extenderían, aleteando como enormes mariposas, entre las margaritas amarillas que invadían las colinas. Por la noche, sus hogueras iluminarían la oscuridad y su música resonaría en todo el valle. Se quedarían una semana, o dos, o quizá tres, y para los niños todos los días sería fiesta.

‡ ‡ ‡

—¡Vienen los Viajeros!

Rowan, el pastor de los bukshah, que se hallaba junto a la charca de agua potable, oyó el grito mientras miraba a una mariposa salir con visibles esfuerzos de su capullo situado sobre la rama de un árbol. Pero ya había adivinado la noticia.

Mucho antes de que los demás niños divisaran a los Heraldos, había visto que los bukshah alzaban la cabeza y miraban hacia el otro lado del valle, hacia las colinas. Los grandes animales estaban oyendo algo que él no podía oír.

—¿Así que vienen los Viajeros? —preguntó a Estrella, su favorita de entre todas las grandes bestias—. Has oído las flautas, ¿verdad?

Estrella se meció, mientras miraba en dirección a las colinas.

—No esperábamos verlos este año —continuó Rowan—, pero es su estación. A los renacuajos del río les están saliendo patas y se están transformando en ranas. Las orugas se están convirtiendo en mariposas. Y las margaritas están en plena floración. —Olfateó el aire—. Demasiado bien lo sé. El polen me da alergia.

Estrella emitió un rugido gutural y removi6 los pies, inquieta.

—¿Qué te pasa, Estrella? —preguntó Rowan, mientras le rascaba el cuello por debajo de la espesa lana—. Tranquila. No pasa nada.

Miró a Estrella, desconcertado. En los últimos tiempos, todos los bukshah se habían mostrado inquietos. No entendía a qué podía deberse. Los había examinado con detenimiento. No había detectado señales de ninguna enfermedad ni ninguna dolencia, hacía días que parecían nerviosos y desdichados.

—No pasa nada, Estrella —repitió.

Pero Estrella pateó el suelo, empujó la mano de Rowan con su pesada cabeza y rechazó el consuelo.

‡ ‡ ‡

—¡Vienen los Viajeros!

Jonn *el Fuerte*, que estaba trabajando en el huerto, oyó el grito, con sorpresa, y después sonrió. Los Viajeros habían pasado por Rin tan solo doce meses antes. No esperaba verlos tan pronto de nuevo. Pero les daba la bienvenida. Porque con los Viajeros venían las abejas.

Las abejas no tardarían en revolotear ajetreadas con el dulce capullo blanco de sus bayas. Las colmenas rebosarían de miel dorada que los Viajeros recogerían, comerían y venderían.

Pero mientras las abejas trabajaran para los Viajeros, también lo harían para Jonn. Mientras libaban de flor en flor, esparcirían el pegajoso polen amarillo, lo cual sería decisivo para que la fruta se formara cuando las flores cayeran. Gracias a las abejas de los Viajeros, Jonn tendría una cosecha excelente en otoño.

De modo que Jonn se sintió complacido cuando oyó los gritos de los niños, aunque sabía que a otros no les haría tanta gracia. Para esos otros, aquella sería una mala noticia.

‡ ‡ ‡

—¡Vienen los Viajeros!

Bronden, la ebanista, oyó el grito y frunció el ceño, mientras tamborileaba con sus gruesos dedos sobre la suave madera de una mesa que estaba a medio terminar.

—Silvestres —gruñó, y pateó el serrín del suelo—. ¡Silvestres inútiles, perezosos, que solo sirven para hacer perder el tiempo!

Se pasó la mano por la frente. Estaba cansada. Agotada. Y ahora, esto. La gota que desbordaba el vaso.

Los Viajeros ponían patas arriba la vida rutinaria del pueblo. Hacían caso omiso de normas, orden o trabajo. No tenían hogares ni trabajos de verdad, ni los querían. Por eso ella y quienes opinaban como ella, llamaban «Silvestres» a los Viajeros, por las margaritas de las colinas. La exasperaban. La enfurecían.

‡ ‡ ‡

—¡Vienen los Viajeros!

En su pequeña casa, Timon, el maestro, oyó el grito y suspiró sobre sus libros. Mientras los Viajeros acamparan en las cercanías, los niños de Rin se mostrarían inquietos y cuchichearían bajo el Árbol de la Sabiduría.

Sus bolsillos rebosarían de juguetes y chucherías que habrían pedido o comprado en el campamento. Llevarían la boca llena de dulces y caramelos. En su cabeza darían vueltas los cuentos y leyendas de los Viajeros.

De todos modos, pensó Timon, mientras se reclinaba en su silla y enlazaba las manos detrás de la cabeza, la visita sería una bendición.

«Ha sido un invierno largo y duro. Últimamente, los niños han estado cansados y nerviosos. Los Viajeros los alegrarán. —Sonrió—. Por mi vida, a mí también me gustaban de pequeño los cuentos de los Viajeros —pensó—. Y si cuentos como el del Valle de Oro, los Gigantes de Inspray, el Cristal Empañado, el Abismo de Unrin y todos los demás no me perjudicaron, ¿por qué iban a perjudicar a los niños de ahora?».

Timon reflexionó. Tal vez podría ir al campamento de los Viajeros este año. Escuchar de nuevo sus relatos. Y quizá comprar un puñado de caramelos de miel. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que había probado uno.

Timon cerró los ojos y rio para sus adentros al pensarlo. La boca ya se le hacía agua.

‡ ‡ ‡

—¡Vienen los Viajeros!

Allun, el panadero, oyó el grito cuando estaba amasando la harina en su cocina.

—¿Has oído, madre? La gente de mi padre viene de camino —gritó—. Será mejor que dejes de decir que estás vieja y prepares los zapatos de bailar.

Sara entró despacio en la tienda, mientras se secaba las manos en el delantal.

—Creo que mis días de baile han terminado, Allun —dijo con una sonrisa cansada—. Lo mejor será que cuides la voz. Por una vez, los de Rin podremos contar un cuento a los Viajeros. Tan bueno como cualquiera de los suyos. Nuestros amigos querrán conocer tu aventura en la Montaña. Tuya, de Jonn y...

—Y del joven Rowan, sobre todo —rio Allun—. Pero Rowan es demasiado tímido para contar su historia. Está bien, lo haré yo. ¿Quién mejor para sorprender a los Viajeros, puesto que soy medio Viajero?

Sara jugueteó con la delgada ristra de seda trenzada que colgaba de su garganta. Era un collar nupcial de los Viajeros.

Mucho tiempo antes, cuando era joven, Sara había abandonado Rin con un hombre Viajero. Pero su perfecta felicidad había concluido cuando su esposo murió en el curso de la invasión de los Zebak, durante la Guerra de las Llanuras. Cuando la paz se instauró de nuevo en el país, había regresado al pueblo con Allun, su único hijo, por entonces muy pequeño.

Se había alegrado de volver a casa, pero sabía que su hijo medio Viajero había vivido momentos difíciles en Rin.

Era como si estuviera atrapado entre dos mundos: la vida libre de los Viajeros y la vida pacífica, rutinaria, del pueblo de su madre. El corazón de Sara se había afligido en ocasiones cuando le veía esforzándose para que la gente de Rin, que despreciaba y desconfiaba de los Viajeros, y que estaba dispuesta a despreciarle y desconfiar también de él, le aceptara.

No había querido que Allun se sumara al grupo que había escalado la Montaña prohibida en otoño. Había temido por él. Pero ahora se alegraba de que hubiera ido. Pues en aquel terrible viaje había descubierto que no tenía más debilidades que los demás, los héroes del pueblo. Y quienes le vilipendiaban lo habían descubierto también.

Y todavía más: Allun había regresado de la aventura con un regalo especial. Un regalo que acaso traería riquezas al pueblo. Por fin pensaba que había demostrado ser un ciudadano digno de Rin.

Por ese motivo, había encontrado una nueva paz. Nada podría destruirla ahora.

—Me pregunto por qué habrán vuelto tan pronto —murmuró Allun. Su rostro alegre había adoptado una expresión pensativa—. A mucha gente del pueblo no le hará gracia verlos de nuevo.

Sara miró a su hijo cuando se dio la vuelta para reanudar su trabajo. Oyó las voces de los niños que resonaban en el valle. Por primera vez, una sombra de miedo aleteó en su mente. ¿Por qué habían regresado tan pronto los Viajeros?

¿Por qué?

## 2 ∞ La oscuridad acecha



En los jardines, Bree y Hanna oyeron los gritos de los niños y dejaron sus azadas. Para ellas, era una muy mala noticia.

—¿Cómo es posible? —exclamó Hanna, al tiempo que se volvía hacia su marido y se enjugaba la frente—. Nunca vienen dos años seguidos.

Bree y Hanna, y los cuidadores de los jardines de Rin antes que ellos, desde siempre habían detestado las visitas de los Viajeros. Los Viajeros se movían con sigilo, como sombras en la noche. Guisantes nuevos, hierbas tiernas, los mejores productos de los jardines tenían la costumbre de desaparecer como por arte de magia de la noche a la mañana cuando los Viajeros estaban en Rin.

Otros habitantes del pueblo, como Jonn, del huerto, y Allun, el panadero, siempre se reían cuando los jardineros se enfurecían. Aunque algunas verduras hubieran acabado en las ollas de los Viajeros en el curso de los años, ¿qué más daba, si los Viajeros llevaban al pueblo tantos productos útiles para comerciar y tanto placer?

Bree escupió en el suelo, disgustado. Tal vez esa gente cantara una tonada diferente este año. Incluso el medio Viajero Allun. Pues al fin y al cabo, era él quien había traído la simiente de la nueva cosecha del valle.

Miró las nuevas plantas de bayas de la Montaña, que ocupaban ahora una cuarta parte de las bayas de la Montaña. Crecían muy sanas, alzaban sus hojas lustrosas al sol y extendían delicados zarcillos nuevos sobre el suelo marrón. Flores rojas perfumadas estallaban en las ramas diminutas, ya cargadas de suculentos frutos rojos.

¡Una planta robusta, que crecía deprisa, florecía y daba frutos al mismo tiempo! En verdad que las bayas de la Montaña eran milagrosas, y la nueva cosecha, esplendorosa. Una cosecha que Bree estaba decidido a guardar en exclusiva para Rin. Pensó en los Viajeros entrando de noche en los jardines, aplastando sus preciosos arbustos, recogiendo la fruta...

—¡Ladrones Silvestres! —estalló—. No han de oír hablar de las bayas de la Montaña, Hanna. ¡De ninguna manera!

Ella asintió.

—Convocaremos una asamblea —dijo—. Contaremos a los demás nuestros temores. Entonces, nadie dirá ni una palabra. También vigilaremos los jardines.

—El año pasado monté guardia —masculló Bree—. ¿Y acaso sirvió de algo?

—El año pasado te quedaste dormido, Bree.

—¡Me echaron un encantamiento! ¡Lo sé!

Bree, congestionado, miró con el ceño fruncido hacia las colinas.

—¡Paparruchas! —replicó Hanna—. ¡Encantamientos para dormir! Nunca había oído semejante estupidez. Ya pareces Neel, el alfarero, diciendo las mismas tonterías infantiles.

Bree dio media vuelta, con los hombros encorvados.

—Convocaremos una asamblea —musitó—. Ve a lavarte, Hanna. No tenemos mucho tiempo.

Hanna no dijo nada. Al cabo de un momento, Bree recogió las azadas y se encaminó al cobertizo de las herramientas.

Hanna se frotó los ojos. Una gran oleada de cansancio la invadió de repente. Habría dado cualquier cosa por tumbarse y descansar, solo un momento. «Estoy agotada —pensó—. Estoy muy cansada de trabajar un día sí y el otro también. Y ahora, esto».

Miró a su marido. Estaba guardando las azadas con movimientos cansinos y después cerró la puerta del cobertizo. Pobre Bree. ¿En qué había estado pensando? Tenía que seguir, como él. Debían afrontar un nuevo problema. Lo harían juntos.

Si todo iba bien, la siguiente estación daría abundantes bayas de la Montaña. Entonces podrían descansar, y Rin se daría un banquete. Y sería bueno para el comercio, porque ningún habitante de la costa había probado esta nueva y deliciosa fruta. Por fin serían ricos. Si todo iba bien.

La campana sonó en la plaza del pueblo. Rowan la oyó desde los campos de los bukshah.

—Hay una asamblea, Estrella —dijo—. He de acudir. Cuida del rebaño durante mi ausencia.

Estrella mugió y miró hacia las colinas.

—Estoy seguro de que la asamblea será por los Viajeros —le dijo Rowan—. Jonn se alegrará de verlos de nuevo. Y Allun también. Y Marlie, la hilandera, porque los Viajeros cambiarán seda por su tela para el invierno. Pero Bronden se enfadará. Y Bree y Hanna se pondrán furiosos, porque los Viajeros roban en los jardines.

Sonrió con aire culpable. Si Bree y Hanna no miraban, a veces hurtaba un puñado de guisantes nuevos a través de la valla, cuando iba al campo de los bukshah. A sus animales les gustaban mucho los guisantes nuevos. Entonces, Rowan recordó las bayas de la Montaña, y tuvo la impresión de que la luz de la tarde se apagaba. Si los Viajeros tocaban las bayas de la Montaña...

Estrella se balanceó y pateó el suelo, inquieta. Rowan olvidó sus problemas y asió su áspero pelaje, preocupado.

—Tranquila —la calmó—. No tienes nada que temer.

Estrella le miró con sus ojillos negros y le arrimó el lomo. Era como si quisiera decirle algo. Sintió que su piel se estremecía bajo la espesa lana.

Rowan suspiró. Detrás de él, la mariposa terminó de extender sus alas nuevas y se alejó volando, dejando su duro capullo colgando vacío en el árbol. Una leve brisa fresca agitó su pelo y trajo con ella el perfume de las margaritas silvestres de las colinas. Su nariz empezó a gotear de nuevo y le picaron los ojos.

En el pueblo, la campana seguía repicando.

‡ ‡ ‡

Acuclillada junto al fuego en su diminuta cabaña, Sheba, la Mujer Sabia, oyó la campana en

sueños. Se despertó sobresaltada y se agachó para arrojar ramitas a las llamas. El fuego saltó.

—Conque una asamblea, ¿eh? ¡Idiotas! —dijo con voz ronca, mientras contemplaba las imágenes en las llamas—. Idiotas, estar de cháchara mientras la oscuridad acecha.

Apretó las manos contra su cabeza. Las terroríficas palabras que habían atronado en su mente durante tantos días daban vueltas sin cesar, carentes de sentido. Y las palabras venían acompañadas de las imágenes, una y otra vez...

Tres cometas: amarilla, roja y blanca, recortadas contra un cielo azul. La cara pálida de un chico al que conocía: Rowan de los bukshah. Y un búho dorado, de ojos verdes centelleantes que la miraban, henchidos de conocimiento. Y que la impelían a comprender.

Había otras imágenes, iluminadas por destellos de luz dorada, apagadas después por la negrura impenetrable. Los campos de los bukshah vacíos. El pueblo de Rin inmóvil y silencioso. Y lo más terrorífico de todo, un montón de trapos viejos y mechones de pelo lacio junto a unos rescoldos. Ella, en esta misma estancia. Indefensa. Mientras el enemigo...

Sheba se puso en pie con gran esfuerzo. Dormida o despierta, no había escapatoria. El fuego escupía y crepitaba. Retrocedió.

De pronto, supo lo que debía hacer. Debía dedicarse a su trabajo. Debía escapar de este lugar de pesadilla. Debía ir a recoger raíces en las colinas, donde florecían las margaritas y el aire era transparente. Tal vez allí podría pensar.

Mientras se alejaba de la cabaña arrastrando los pies, la campana dejó de repicar. La gente de Rin se había reunido. Estaban congregados en la plaza.

—¡Idiotas! —masculló Sheba. Y se alejó dando tumbos.

### 3 ∞ Los Heraldos



—¡Bienvenidos, amigos!

La voz de Jonn resonó en las colinas. Marlie, la hilandera, Allun, el panadero, y él se protegieron los ojos del sol cuando vieron acercarse a los tres Heraldos, que levantaron los brazos en respuesta al saludo. Rowan, de pie entre ellos, vio que el del centro se ponía algo en los labios.

Fueran a donde fueran los Viajeros, los Heraldos llegaban antes para advertir de posibles peligros, indicando con sus diminutas flautas de caña si la tribu debía detenerse o seguir adelante. El sonido de las flautas era demasiado agudo para que la gente normal lo oyera. Solo los Viajeros, con oídos entrenados a lo largo de los siglos, oían sus mensajes. Los Viajeros y, como Rowan había descubierto, los bukshah.

Tal vez otros animales oían también el sonido de las flautas. Rowan lo ignoraba. De hecho, cuanto mayor se hacía, más se daba cuenta de lo poco que sabía sobre el país que se extendía más allá del valle de Rin.

Los Viajeros habían recorrido el territorio durante siglos. Lo conocían como la palma de su mano. Formaban parte de él, al igual que los árboles, las rocas, los pájaros y los bukshah. Algunas de las historias que contaba Ogden, su narrador de historias y líder de la tribu, se remontaban a miles de años atrás.

Pero la gente de Rin eran recién llegados. Apenas trescientos años habían transcurrido desde que sus antepasados fueron transportados a la costa como esclavos guerreros de los invasores Zebak. Fue entonces cuando se rebelaron contra sus amos, se unieron al pueblo de Maris y a los Viajeros para derrotarlos, y por fin se internaron tierra adentro hasta descubrir el valle que ahora era su hogar.

Trescientos años no eran nada para el pueblo de Maris, y mucho menos para los Viajeros, que estaban convencidos de que su tribu había vagado por esta tierra desde el principio de los tiempos.

«Pero yo no me siento como un recién llegado —pensó Rowan, con la vista clavada en Rin, con sus pulcras calles y casas, su río caudaloso, el mosaico verde y marrón de sus campos, el huerto de bayas y los bukshah ascendiendo las colinas—. Es el único hogar que conozco».

—Ya no tardarán mucho —murmuró Jonn a Allun y Marlie—. Confiemos en que sus palabras tranquilicen a los agoreros de abajo.

Se agachó, recogió la hoja de una margarita y la retorció entre sus dedos. Rowan sabía que la hoja formaba parte del ritual de bienvenida. Las hojas de las margaritas estaban hechas de tres lóbulos redondos unidos, como las hojas del trébol. Se utilizaban como señal de amistad entre los Viajeros, el pueblo de Maris y la gente de Rin.

Los Heraldos habían empezado a volar a baja altura. Sus pies desnudos casi rozaban las flores y la hierba. Sus cometas (una amarilla, una roja y una blanca) ondulaban y se agitaban a merced de la suave brisa, cuando ágiles manos morenas tiraban con fuerza de las cuerdas de seda trenzada que las guiaban.

Rowan contempló la escena con avidez. Nunca había visto a los Heraldos tan de cerca. Por lo general, eran recibidos por tres adultos de Rin, encargados de la bienvenida.

Esta vez, sin embargo, los aldeanos querían recibir noticias cuanto antes. En la asamblea habían decidido descubrir el motivo de la inesperada visita de los Viajeros, antes de discutir en profundidad el problema de las bayas de la Montaña. Rowan debía volver corriendo al pueblo en cuanto les comunicaran la noticia.

—Lo único que lamento —dijo Allun, mientras miraba las alegres cometas— es que mi madre me alejara de los Viajeros antes de tener edad de entrenarme para ser Herald.

—¿Te habría gustado serlo, Allun? —preguntó Jonn, algo sorprendido—. Sé que es un rango honorífico, pero conlleva grandes peligros.

Allun sonrió con ironía.

—Tienes razón, por supuesto —admitió—. Si los Heraldos encuentran problemas, los afrontan solos, mientras la tribu se retira para ponerse a salvo. Es su misión. ¡Pero las cometas, Jonn! ¡Las cometas! Volar con el viento es el más acariciado deseo de todo niño Viajero.

Mientras hablaba, los Heraldos habían reducido la velocidad del vuelo a paso de marcha. Después, con un solo movimiento, posaron los pies sobre el suelo. Sus cometas ondearon detrás de ellos un momento, y después se plegaron con elegancia hasta convertirse en delgados sacos de seda. Los Heraldos las recogieron con parsimonia y se colgaron la seda a los hombros, mientras avanzaban para saludar a quienes les iban a dar la bienvenida.

Jonn extendió la hoja de margarita.

—Bienvenidos, amigos —repitió.

Rowan miraba fascinado a los Heraldos. Llevaban ropa de seda de brillantes colores. Iban descalzos. El pelo castaño, trenzado con flores, plumas y cintas, caía en rizos enmarañados sobre sus hombros. Eran dos chicos y una chica, algo mayores que él.

Los chicos eran de huesos pequeños y delgados, como Allun. Miraron a Jonn con sus ojos oscuros, que bailaban bajo las cejas arqueadas. La chica parecía más seria. Era alta, casi tanto como Marlie. Tenía las cejas rectas, y sus ojos eran de un extraño azul claro. Avanzó y tomó la hoja que ofrecía Jonn.

—Soy Zeel, hija adoptiva de Ogden, el narrador de historias. Los Viajeros os dan las gracias por vuestra bienvenida, amigos —dijo en tono formal—. Acamparemos aquí, si os parece bien. Y recibiremos con agrado vuestras visitas cada noche, después del crepúsculo.

Rowan sabía que estas eran las palabras que decían siempre. No significaban gran cosa. Los Viajeros montaban el campamento donde les daba la gana. Nadie, excepto los Zebak, había intentado llevarles la contraria. Y los Zebak, según las leyendas, lo habían lamentado.

Esperó a ver qué sucedería a continuación.

—¿Podemos saber qué motivo os trae de vuelta por aquí tan pronto? —preguntó Jonn—.

Nunca antes los Viajeros habían visitado Rin dos años consecutivos.

Los ojos claros no se apartaron de su rostro ni un momento.

—La idea nos apetecía —dijo Zeel, la Heraldo—. Sentimos la necesidad, y vinimos.

—Pensamos que quizá necesitabais comida, o cualquier otra cosa —insistió Jonn—. El invierno ha sido largo y duro.

—Lo ha sido —admitió la muchacha—, y siempre nos complace comerciar con vosotros, amigos. Pero nuestra necesidad no es mayor que la de cualquier otra primavera.

—Pensamos que quizá traíais noticias de la costa —intervino Marlie—. Noticias de los movimientos de nuestros enemigos, tal vez. Pensamos que veníais para advertirnos.

Rowan examinó a Zeel con detenimiento. ¿Acaso había visto un destello en el fondo de aquellos ojos claros?

Pero ella negó con la cabeza.

—No tenemos noticias que daros —dijo.

«Está mintiendo —pensó Rowan—. Lo noto. Está mintiendo. Al menos, no está diciendo toda la verdad».

Se hizo el silencio en la colina. Los Heraldos miraban a Jonn, Marlie y Allun con calma. Era evidente que no tenían nada más que decir.

—Muy bien —dijo Jonn por fin. Se hizo a un lado, para que los Heraldos vieran a Rowan con claridad, y se volvió hacia él—. Corre al pueblo, pues, Rowan, y cuenta a la gente lo que nuestros amigos han dicho. No hay ningún motivo especial para su visita. Simplemente, les apetecía.

Rowan supo, por la forma de hablar de Jonn, que él también pensaba que los Heraldos ocultaban algo. Estaba seguro de que los tres Heraldos se habían dado cuenta de que no los habían engañado. Parecieron sobresaltarse un poco cuando le miraron sin pestañear. Acto seguido, se miraron entre sí, como si se comunicaran un mensaje no verbalizado.

Rowan no perdió más tiempo, asintió, dio media vuelta y corrió colina abajo hacia el pueblo. Sabía que la gente de la plaza estaría esperándole con ansia. No podía ofrecerles ningún consuelo, pero era absurdo hacerlos esperar. Además, quería volver con los bukshah.

Desde lo alto de la colina, vio que el rebaño seguía avanzando junto al río. A cada momento, se alejaban más y más del pueblo. Probablemente habrían tirado una valla. No quería que las bestias se alejaran demasiado. Incluso ahora le costaría mucho rato devolverlas a sus campos. Empezó a jadear debido al esfuerzo de la carrera. Se frotó encolerizado su nariz tapada y los ojos hinchados, y deseó por enésima vez ser tan fuerte como los demás chicos de su edad.

Lo deseaba cada vez que veía a Jiller, su madre, arrastrarse detrás del arado que levantaba la tierra de sus campos. Lo deseaba cada vez que la veía doblar la espalda bajo un saco de grano. A su edad, debería ser capaz de ocupar el puesto de su padre y ayudarla, al menos en parte.

Pero cuando se atrevía a decírselo, ella se limitaba a sonreír.

—Aún me quedan fuerzas, Rowan —decía—. Un día serás lo bastante mayor para ayudarme más en los campos. De momento, ya me ayudas de otros modos. Que sea suficiente para ti, como lo es para mí.

Las margaritas amarillas inclinaron la cabeza bajo sus pies, y después se alzaron de nuevo

cuando pasó. El polen invadió el aire formando una nube dorada. Rowan estornudó mientras corría. Le lloraban tanto los ojos que casi no podía ver.

Frunció la nariz, introdujo la mano en el bolsillo y sacó un frasquito verde. Contuvo el aliento y tomó un sorbo. La potente medicina, de sabor espantoso, inundó su boca. Tosió y jadeó, pero se obligó a tragar el brebaje.

La medicina era horrible. Y peor todavía para él, porque procedía de Sheba. Se estremeció al pensar que sus manos huesudas habían recogido las raíces de margaritas de las que estaba hecho el mejunje, así como agitado la olla en que hervían.

Estaba seguro de que la vieja se había reído a carcajadas al introducir la poción en los frascos. Él era la única persona del pueblo que necesitaba tomarla, y sabía desde hacía tiempo que Sheba le daba tan mal sabor a propósito. Era el tipo de bromas crueles que le gustaban.

Vio aliviado que las sombras de un bosquecillo le esperaban. Pronto dejaría atrás las margaritas, y la medicina empezaría a surtir efecto enseguida. Con suerte, los estornudos le dejarían en paz un rato.

Aminoró la velocidad y empezó a caminar entre los árboles. Sus ojos llorosos, acostumbrados a la brillante luz del sol, parpadearon en la penumbra. Tuvo que orientarse a tientas.

Por eso no vio al principio la forma chepuda que se alzaba ante él. No se encogió a tiempo de esquivar el brazo huesudo que se extendió para impedirle avanzar. No consiguió librarse de los dedos duros como el hierro que aferraron su hombro y le obligaron a detenerse.

Rowan lanzó un chillido de sorpresa y miedo. La figura que había ante él se puso a reír. Fue una carcajada aterradora, burlona. Demasiado familiar.

Era Sheba.



—Bien, Rowan de los bukshah —dijo la anciana, al tiempo que apretaba su presa sobre el hombro de Rowan—. ¿Adónde vas con tantas prisas?

—Al pueblo —contestó con timidez Rowan. Sorbió por la nariz, que se le había llenado otra vez de mocos.

—Necesitas otra dosis de mi poción de primavera, muchacho —dijo Sheba en voz baja—. Tu nariz mana como un torrente. —Señaló la bolsa abultada que había a sus pies—. Ahí llevo más raíces de margarita. Me he acercado hasta las colinas para recogerlas. Mis pobres y viejos huesos me duelen. Esta noche prepararé la poción. ¿No te parece bien? ¿No estás agradecido a la vieja Sheba?

Rowan frunció el ceño. Aún notaba el horrible sabor de la medicina en la boca. Miró la bolsa de Sheba. Estaba a rebosar. Suficiente para un caldero entero de la espantosa mezcla.

Los dedos de Sheba pellizcaron con fuerza su hombro.

—¿No estás agradecido? —repitió.

Rowan asintió, confuso. «¿Qué querrá de mí?», pensó.

Sheba acercó su rostro al del muchacho. Tenía la piel grisácea. Olía a cenizas y hierbas amargas. Su pelo colgaba como cuerdas grasientas alrededor de sus hombros.

—¿Por qué han venido al valle los Viajeros, Rowan de los bukshah? —Su voz era perentoria y grave—. Has de saberlo. En la visión, tu cara aparece con claridad, cuando todo lo demás es un misterio. ¿Por qué han regresado tan pronto? ¡Dímelo! ¡Dímelo! Puede que sea la clave.

—Dicen... dicen que no existe ningún motivo especial —tartamudeó Rowan, intentando soltarse. ¿La visión? ¿La clave? ¿A qué se refería?

Los labios de la mujer dejaron al descubierto sus largos dientes marrones.

—¡Mentiras! —gruñó. Escudriñó sus ojos. Eran como agujeros negros en su cara. Rowan tuvo la impresión de que sus entrañas quemaban. Sintió que la cabeza empezaba a darle vueltas. Pero no podía apartar sus ojos de los de ella.

Por fin, la mujer asintió. Sus párpados bajaron.

—Bien —musitó—. Tú no mientes, pero ellos sí, Rowan de los bukshah. —Le empujó con brusquedad a un lado—. Así que estaba equivocada. No me sirves. ¡Lárgate de mi vista!

—¿Qué sucede? —barbotó Rowan. Sheba le aterrorizaba, pero tenía que averiguar qué significaba todo aquello.

La mujer recogió su pesado saco y se alejó, arrastrando los pies.

—¡No te vayas! —gritó Rowan—. ¡Sheba! ¿Cómo sabes que los Heraldos mienten? ¿Corremos algún peligro? Dímelo, por favor. ¡Debes decírmelo!

La mujer giró en redondo, con los dientes al descubierto.

—Yo no debo hacer nada, jovencito —gritó, y su voz se quebró debido a la furia—. ¿Quién eres tú para darme órdenes? ¿Crees que porque esos estúpidos paletos te consideran un héroe puedes decirme lo que debo hacer? ¡Bah! —Sus ojos se entornaron. Parecía empujarla una rabia que él no podía comprender—. Sé lo que eres, Rowan de los bukshah —se burló—. ¡Conejo escuchimizado! ¡Mocoso alfeñique, que te asustas de tu propia sombra! No le sirves de nada a tu madre. Ni a mí. Ni a nadie. Ve a esconderte en los campos de bukshah. ¡Solo sirves para eso!

Rowan se encogió como si le hubieran dado una bofetada. Las palabras de la anciana eran como un eco de sus propios pensamientos. Ella tenía razón. Dijera lo que dijese la gente, no servía para nada. Le ardía la cara. Dio media vuelta para salir corriendo. Para huir de aquella voz henchida de odio y de su cara despreciativa.

Pero, al volverse, vio la Montaña, que se alzaba sombría y secreta sobre las colinas. Y recordó la gran lección que había aprendido allí. La lección que los seis héroes habían aprendido también con él. La lección que ninguno de ellos olvidaría jamás.

Giró en redondo de nuevo.

—Solo los locos no tienen miedo, Sheba. Lo dijiste en una ocasión, y es cierto. Sé que no soy un héroe. Pero sé que puedo enfrentarme al miedo si es necesario. Y ahora puedo enfrentarme a ti y preguntarte otra vez: ¿qué te aflige? ¿Qué problemas presentes, por Rin?

—La Montaña te ha enseñado bien —dijo la anciana mirándolo fijamente y con voz pausada. Alzó la vista hacia las rocas recortadas, la cumbre helada donde la nieve brillaba bajo el sol poniente. La expresión burlona que había velado su rostro se había desvanecido. Y debajo había algo más: ¡miedo!

Rowan sintió que su corazón brincaba de terror. ¿Qué podía ser tan aterrador que tiñera de miedo el rostro de Sheba?

—¿Qué pasa? —le gritó.

La mujer sacudió la cabeza.

—No lo sé —dijo en tono desesperanzado—. No lo sé. Solo conozco mis sueños. Las imágenes. Las palabras que me atormentan, día y noche. El enemigo vuelve una vez más. La rueda está girando. Y esta vez... esta vez...

—¿Qué imágenes? ¿Qué palabras? —preguntó Rowan—. ¡Dímelo!

De pronto, las manos de Sheba se pusieron a temblar. Después, los temblores se propagaron hasta que todo su cuerpo se estremeció como si fuera presa de la fiebre. Sus ojos se pusieron en blanco. Brillaban de una forma horrible bajo las sombras de los árboles. Se quedó con la boca abierta.

Rowan saltó hacia delante y la agarró del brazo. La sacudió con violencia.

—¡Habla! —gritó—. ¡Sheba!

La boca abierta empezó a moverse. El poema entrecortado se inició.

***Bajo dulces apariencias, el mal abrasa,  
y la vieja rueda poco a poco gira.***

*Los mismos errores  
el mismo orgullo de siempre  
la armadura inestimable descartada.  
El enemigo secreto está aquí.  
Se oculta en la oscuridad  
¡id con cuidado, idiotas!  
Pues día a día su poder aumenta  
y cuando por fin muestre su rostro  
el pasado y el presente se reunirán:  
el círculo del mal se cerrará...*

La voz se transformó en un sonoro gruñido. La anciana vaciló. Rowan se tambaleó cuando intentó sujetarla para impedir que se desplomara. Experimentó la sensación de que una mano helada le atenazaba la garganta.

¿Qué significaba aquello? Las palabras de Sheba daban vueltas en su mente mientras buscaba una respuesta.

El verso hablaba de una traición. Y no era una advertencia de cara al futuro. O sí. Rowan contuvo la respiración.

«El enemigo secreto está aquí. El enemigo secreto... está aquí».

## 5 ∞ Desacuerdo



Los rostros preocupados de la multitud se volvieron hacia Rowan cuando entró corriendo por fin en la plaza del mercado.

—¿Dónde has estado, Rowan? —preguntó su madre—. ¡Hace mucho rato que te esperamos!

—¡Mucho rato! —repitió su hermana Annad. Puso los bracitos en jarras y le fulminó con la mirada, a la espera de una explicación.

—Yo... me encontré con Sheba en la arboleda —dijo Rowan, vacilante—. Ella... me retrasó.

Se elevó un murmullo entre la multitud. Sheba era necesaria para el pueblo, porque preparada pociones que curaban toda clase de enfermedades. Pero muchos temían que fuera una bruja, y a otros les caía mal por su carácter desabrido y lenguaraz.

—¿Qué quería? —preguntó Neel, el alfarero.

—¡Olvídala! —ordenó la vieja Lann—. Dinos qué noticias llegan de las colinas. ¡Deprisa!

Golpeó el suelo con su bastón.

Lann, la persona más anciana del pueblo, había sido una extraordinaria guerrera. Ahora necesitaba el bastón para caminar, pero su mente y su voz seguían siendo tan fuertes como siempre. Y no le gustaba esperar.

Rowan no sabía qué hacer. ¿Debía repetir lo que Sheba le había dicho? ¿Debía decir que, en su opinión, los Heraldos habían mentido a Jonn?

Paseó la mirada por la multitud de rostros de la plaza. Algunas personas, como Neel, el alfarero, parecían angustiadas. Otras, como Bronden, Bree y Hanna, se mostraban suspicaces. Algunas, como Solla, la fabricante de dulces, estaban nerviosas, y otras como Val y Ellis, del molino, solo expresaban curiosidad.

Rowan sabía que aquellos rostros se alterarían si repetía el verso que había oído en la arboleda. No estaba seguro de poder afrontar el miedo, la ira y el pánico que se apoderarían de la muchedumbre.

—¿Y bien?

La voz de Bronden rompió el silencio.

Rowan tomó una decisión. Esperaría hasta poder hablar de lo ocurrido con su madre y Jonn *el Fuerte* en privado. Ellos sabrían qué hacer. Las palabras de Sheba se le antojaban aterradoras, pero era posible que le hubiera gastado una jugarreta para divertirse. De momento, repitió el mensaje que le habían transmitido en la colina.

—Los Heraldos han dicho que los Viajeros no tienen ningún motivo especial para esta visita. —Sorbió por la nariz—. Han dicho que les hizo gracia la idea.

Lann entornó los ojos, pero no dijo nada.

Bronden resopló, disgustada.

—¡Supongo que lo que les hace gracia es hacernos perder el tiempo y consumir nuestra comida! —dijo—. ¡Debe de ser fantástico tener esas ideas!

—Nos invitan a su campamento esta noche, y todas las noches que pernocten aquí, si nos apetece reunimos con ellos —continuó Rowan.

Varios adultos, y todos los niños, prorrumpieron en vítores.

Bronden frunció el ceño.

—Bien, yo, desde luego, no pienso aceptar su invitación —dijo.

—Ni nosotros —dijo Bree, y fulminó con la mirada a Rowan como si fuera culpa suya—. Y todo el que quiera perder su precioso tiempo visitando ese nido de ladrones debería recordar lo que hemos decidido. Ni una palabra de las bayas de la Montaña ha de filtrarse a los Viajeros.

—No cabe duda de que ya están enterados, Bree —gruñó Val, la molinera—. ¿Para qué, si no, han venido? Su excusa es absurda.

Su hermano gemelo, Ellis, asintió para expresar su acuerdo.

Nuevos murmullos se propagaron entre la multitud. Y esta vez expresaban ira.

—No obstante —dijo la vieja Lann—, todos nos morderemos la lengua. Si cerramos el portal después de que los bukshah hayan salido, mala suerte. Es mejor ser cauteloso que arrepentirse. Además de mantener la boca cerrada, hemos de mantener alejados a los Viajeros de nuestros jardines, a toda costa.

—Los jardines no son los únicos lugares donde pueden encontrarse arbustos de bayas —le recordó Timon—. Allun y los otros que escalaron la Montaña tienen sus propios arbustos. Las aves se han alimentado de sus bayas y han dispersado la semilla. Nuevas plantas crecen por todas partes. Cada día más. Su perfume ya impregna el pueblo.

Movió la mano para señalar toda la plaza.

—Entonces, hemos de decir a los Silvestres que no son bienvenidos en el pueblo —dijo Bree—. Han de quedarse en su campamento de las colinas.

—No podemos hacer eso, Bree —objetó Timon—. Los Viajeros son nuestros amigos, y nuestros aliados en tiempos difíciles.

—Estoy de acuerdo. No podemos permitirnos el lujo de irritar a los Viajeros —dijo Jiller con calma—. Hemos luchado juntos contra los Zebak en el pasado, y es posible que los necesitemos de nuevo algún día. Su amistad nos es precisa.

—Y a ellos la nuestra. —La vieja Lann irguió la cabeza—. Por lo tanto, tendrán que aceptar nuestras condiciones, Jiller. Para bien o para mal. Este asunto es demasiado importante para permitir que nos guíe la debilidad.

Bree, Hanna y los demás asintieron, en señal de aprobación. Muchos más los imitaron.

—Está decidido —dijo Lann—. Y así se hará.

Jiller emitió un sonido de irritación y decepción. Timon estaba muy serio.

No eran los únicos que consideraban absurda la decisión. Rowan podía imaginar lo que Allun, Marlie y Jonn dirían cuando se enteraran de que habían prohibido a los Viajeros entrar en el pueblo.

Se volvió y empezó a alejarse de la plaza. La asamblea le había puesto nervioso. Tenía que cuidar de los bukshah. El sol no tardaría en desaparecer detrás de la Montaña, y la oscuridad y el frío se adueñarían pronto del valle. Era importante que antes los devolviera a sus campos.

—¿Adónde vas, Rowan? —dijo Annad, que corrió hacia él y le tiró de la mano—. Hemos de ir a casa para preparar la cena pronto. Jonn vendrá a cenar con nosotros esta noche. Después, madre dice que podremos ir juntos al campamento de los Viajeros.

—Antes he de ir a los campos de los bukshah, Annad —le dijo Rowan—. Estrella y los demás se dispersaron mientras yo estaba en las colinas.

—¿Por qué? —preguntó la niña.

Rowan intentó sonreír.

—Quizá, como en el caso de los Viajeros, les dio ese capricho —bromeó sin mucho entusiasmo—. Pero no te preocupes, Annad. Si tardo mucho en recuperar a las bestias, me perderé la cena y me reuniré con vosotros en el campamento. Díselo a madre. ¿De acuerdo?

La niña asintió y volvió corriendo hacia la multitud.

Rowan se puso a andar en dirección a los campos. Se volvió, y vio que Annad le saludaba con la mano. Le devolvió el saludo y después continuó su camino. «Qué chica tan curiosa... —pensó—. Siempre preguntando el por qué de todas las cosas. ¿Por qué el cielo es azul? ¿Por qué no puedo estar levantada toda la noche? ¿Por qué los renacuajos comen hierbas y las ranas comen insectos? ¿Por qué no caen las nubes? ¿Por qué se han extraviado los bukshah?».

Rowan llegó a la charca de los bukshah. No había bestias a la vista. Exhaló un suspiro y empezó a caminar junto al río.

¿Por qué se habían extraviado los bukshah precisamente hoy? Había mucha hierba nueva en los campos. Había mucha agua. Los bukshah nunca se alejaban de su charca. Pero hoy lo habían hecho. Justo cuando Rowan deseaba volver a casa cuanto antes. El terrible poema de Sheba pesaba sobre sus hombros. Broma cruel o no, quería compartirla con su madre y Jonn, para quitarse de encima el peso de cargar con ella solo.

Clavó la mirada al frente y vio a los bukshah a lo lejos. Seguían avanzando en paralelo al río. Aceleró el paso.

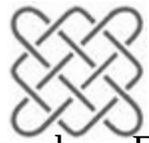
«La vida en Rin transcurre plácidamente, inalterable —pensó—. Y entonces, tres cosas preocupantes suceden al mismo tiempo. Llegan los Viajeros, Sheba se asusta (o lo finge) y los bukshah se extravían. Mala suerte».

¿Era solo mala suerte? ¿O las tres cosas estaban relacionadas?

El sol se hundió detrás de la Montaña. La luz se fue apagando. Rowan se estremeció. Las palabras de Sheba resonaron de nuevo en su cerebro.

«El enemigo está aquí... El enemigo está... AQUÍ».

## 6 El valle de oro



—Y así, los Gigantes de Inspray lucharon en la ladera de la Montaña, para ver cuál de ellos conquistaría el legendario Valle de Oro. Lucharon durante seis largos días con sus noches. El sonido de sus gritos era como el de un huracán enfurecido, y el choque de sus armas como un millar de címbalos, y el estruendo de sus pies como un trueno. Y ninguno se rendía...

Ogden, el narrador de historias, estaba sentado junto al fuego narrando su relato. Muchos niños se congregaban a su alrededor, niños de Rin y también hijos de los Viajeros. Pues, aunque los hijos de los Viajeros habían oído los cuentos de Ogden una y otra vez, nunca se cansaban de ellos.

Tras los niños, en las sombras, se alzaban figuras más altas. Eran los adultos de Rin que se habían sentido atraídos hacia la hoguera de Ogden. Rowan vio a Timon, el maestro, entre los demás. Maise, la cuidadora de los libros, estaba con él. Y también Allun, con Sara, Marlie y Solla, la fabricante de dulces.

Los adultos se reían a veces de los cuentos de los Viajeros. Decían que las historias de Ogden eran falsas, simples leyendas, que cobraban vida gracias a su habilidad. Sin embargo, ahora le escuchaban con tanta atención como todos los demás.

Rowan sabía que su madre y Jonn *el Fuerte* también se encontraban entre la multitud, pues Annad estaba sentada a su lado, ante el fuego. No había tenido tiempo de verlos ni de hablar con ellos. Se había dirigido directamente al campamento desde el campo de los bukshah. Había tardado horas en devolver a casa a los animales. Cuando por fin consiguió alcanzar al rebaño, tuvo que hablar en voz baja al oído de Estrella durante mucho rato, antes de que le obedeciera y guiara a los demás hasta Rin. Después, había hecho una rápida reparación en la puerta que habían derribado para iniciar sus andanzas.

Confiaba en que se calmarían y dormirían. Si querían, podían romper de nuevo la puerta con suma facilidad. Estrella aún parecía inquieta, pero no era probable que se pusiera a vagar otra vez en la oscuridad.

La voz de Ogden se elevó e interrumpió los pensamientos de Rowan. El relato del narrador de historias estaba llegando a su momento cumbre.

—Durante seis días y seis noches, la tierra de la ladera de la Montaña fue pisoteada y regada de sangre. Durante seis días y seis noches, arrancaron la hierba, arrasaron los árboles. Durante seis días con sus noches, el aire vibró con los gritos terribles de la furia de los gigantes, y se llenó de los hedores indescriptibles del sudor y el odio de aquellos colosos. Y luego, cuando amaneció el séptimo día y la batalla todavía continuaba en toda su ferocidad, fue como si la Montaña gritara: «¡Basta!».

»El suelo tembló. Grandes grietas y pozos se abrieron en la tierra, y el humo y las llamas se

elevaron hacia el cielo. Enormes rocas cayeron desde la cumbre de la Montaña, golpearon a los gigantes, arrancaron los árboles y fueron apilándose una sobre otra en el fondo del Valle de Oro. Y la gente del valle estaba aterrorizada. Gritaban y se abrazaban entre sí, pensando que en verdad había llegado su fin.

Ogden, el narrador de historias, paseó la mirada a su alrededor y vio los ojos abiertos de par en par de los chiquillos sentados a sus pies. La leña de la hoguera crepitaba y chisporroteaba. Debajo de su nariz aguileña, sus labios se curvaron en una leve sonrisa. Su voz se convirtió en un murmullo.

—Y entonces, por fin, la batalla cesó. El polvo y el humo se dispersaron. Los gigantes quedaron tendidos en la ladera de la Montaña; sus cuerpos estaban destrozados por las rocas que la Montaña les había lanzado enfurecida. Miraban con ojos vidriosos, como buscando el último atisbo del hermoso lugar que cada uno había deseado solo para sí.

»Y entonces, gimieron. Aullaron. Agitaron sus destrozados puños, en una exhibición impotente de rabia y dolor. Pues todo lo que veían debajo eran grandes montones de piedra, pozos sin fondo que dejaban su profunda huella en la tierra. El dorado trofeo por el que habían luchado, con una furia que había significado su muerte, no se veía por parte alguna. Había desaparecido de la vista de todos aquellos que lo amenazaban. Había desaparecido para siempre. Desaparecido, desaparecido, desaparecido...

La voz de Ogden se apagó.

—¡Oh, no! —susurró Annad, que nunca había oído la historia. Apretó los puños—. Esos malvados gigantes destruyeron el Valle de Oro. Las rocas caídas lo cubrieron. Mataron a toda aquella gente sabia y buena. Sepultaron los caminos de joyas, la fuente de plata, los frutos, los pájaros, los caballitos blancos y...

Rowan tomó su mano.

—Chist, Annad. Escucha —dijo en voz baja.

Ogden asintió, y sus ojos negros centellearon a la luz del fuego.

—Los gigantes murieron maldiciendo y llorando. Se maldijeron mutuamente y maldijeron a la Montaña. Lloraron por la pérdida del tesoro más brillante de la tierra. Pero no conocían el secreto de la Montaña.

Hizo una pausa.

—Y vosotros, ¿lo conocéis?

Los niños que le rodeaban, incluso aquellos que habían oído el cuento una y otra vez, negaron con la cabeza en silencio. Querían que Ogden contara el final.

Se inclinó hacia delante. Su voz era tan suave como la brisa nocturna.

—Entonces, os lo contaré —dijo—. El Valle de Oro no fue destruido por la lluvia de piedras. Incluso mientras la gente se abrazaba, aterrorizada y temerosa de la muerte, vieron que estaba sucediendo un milagro: ninguna roca caía al Valle. —Rowan sintió que Annad le apretaba la mano. La voz queda de Ogden continuó—: Mientras a su alrededor la tierra se abría y enormes rocas formaban altos muros, el Valle de Oro seguía a salvo y protegido. Y cuando terminó la lluvia de piedras, grandes colinas nuevas de piedra de la Montaña se habían alzado a su alrededor,

y el espantoso Abismo de Unrin, rebosante de maldad y muerte, cortaba el camino a la entrada. De este modo, la gente supo que su hogar estaba a salvo para siempre de los ojos curiosos y las manos codiciosas. Y que podrían vivir en paz y felicidad, sin miedo.

Annad no pudo contenerse.

—¿Así que el Valle de Oro sigue allí, detrás de la Montaña? —dijo con voz chillona—. Y la gente, y los caballos blancos, y las casas pintadas, y la fuente de plata, y...

Ogden sonrió.

—Como así os he dicho, jovencita. Pero desde aquel día, ningún forastero lo ha visto. Ni siquiera los Viajeros, grandes amigos de la gente del Valle en épocas pretéritas, saben dónde está. Porque los Viajeros estaban combatiendo contra los Zebak en la costa cuando los Gigantes lucharon y murieron.

»Muchas almas ilusas, aquellas que solo creen en lo que ven, dicen que ya no existe —continuó—. ¡Algunos dicen, de hecho, que el Valle de Oro jamás existió! Pero yo sé que existió y que aún existe. Y ahora, vosotros también.

Ogden se reclinó y enlazó las manos. Annad se relajó y exhaló un suspiro de placer y felicidad.

Rowan se preguntó una vez más por el poder de Ogden, el narrador de historias. Sus palabras te atrapaban como un encantamiento, un encantamiento tan poderoso como cualquiera preparado con hierbas especiales recogidas a la luz de la luna, o con palabras leídas en un libro antiguo. Rowan había oído la historia del Valle de Oro varias veces, pero cada vez era como si fuese la primera.

Incluso ahora, pese a todas las demás cosas que ocupaban su mente, el encantamiento había funcionado. Su mente se había llenado una vez más de arrobos. Una vez más, casi creía en el Valle de Oro.

Cerró los ojos cuando la voz de Ogden susurró en su memoria:

—El Valle de Oro... Un lugar maravilloso, lleno de luz y de vida, de carcajadas... La fuente de plata, que mana fresca y dulce de debajo de la tierra... Farolillos de alegres colores en los árboles... Gente hermosa, alta y fuerte, sabia y buena... Flores y frutos de todas clases, que se desparraman sobre los caminos de gemas centelleantes que serpentean entre los jardines... Caballitos blancos, con sillas de seda... Casas pintadas con bonitos dibujos, cada uno diferente... Delante de cada casa, un pájaro de oro, un búho de ojos esmeralda...

Rowan casi lo creía. Casi creía que, más allá de Rin, más allá de la Montaña, había un lugar de paz y belleza, perdido y escondido de los ojos curiosos. Esperando, simplemente esperando...

—El Valle de Oro —suspiró Annad, con el rostro radiante—. El Valle de Oro...

## 7 Allan cuenta un cuento



La multitud se removió, y Rowan alzó la vista, viendo interrumpido su sueño. Allun se estaba acercando.

—Y ahora, Ogden —estaba diciendo con una sonrisa—, los de Rin tenemos un cuento para ti, si quieres escucharlo. Es un cuento nuevo. Una historia de gran valentía.

El corazón de Rowan se aceleró. No sabía que esto iba a pasar. Sintió que su cara empezaba a arder. Annad le dio un codazo, con orgullo.

El narrador de historias levantó la cabeza, sin demostrar excesiva sorpresa. La luz del fuego bailaba en su pelo.

—Escucharé con sumo placer, Allun —dijo en tono burlón.

Hizo un guiño a los hijos de los Viajeros.

—¿Qué gran historia nos ha reservado la gente de Rin? —gritó—. ¿Algún héroe salvó el pan de Allun de quemarse? ¿Los temerarios jardineros de Rin lucharon contra una plaga de babosas con las manos desnudas? Quién sabe qué terrores nos aguardan en esta historia. Me estremezco solo de pensar en ellos.

Los hijos de los Viajeros prorrumpieron en carcajadas.

Annad se levantó de un brinco.

—¡Dejad de reír! —gritó—. ¡Nuestra historia es tan buena como cualquiera de las vuestras!

Rowan le tiró del vestido.

—Chist, Annad —susurró—. Ogden solo nos está tomando el pelo.

Pero cuando volvió a sentarse en el suelo, cayó en la cuenta de que su hermana pequeña no era la única que se había ofendido por las palabras de Ogden.

Muchos niños de Rin, y adultos también, tenían el ceño fruncido. Algunos ya desconfiaban de los Viajeros: no les gustaba que les tomaran el pelo.

Pero Allun no había perdido su sonrisa.

—Puedes burlarte, Ogden —dijo con su voz clara y alegre—, pero recuerda que los habitantes de Rin no siempre fueron granjeros. Nuestros antepasados eran guerreros. Recuerda que, en el pasado, nuestros dos pueblos lucharon codo con codo para derrotar al enemigo que invadió nuestra tierra.

—¡Sí! —rezongó una voz conocida. La multitud se agitó. La gente volvió la cabeza para mirar a la mujer de pelo blanco apoyada en su bastón, envuelta en las sombras. El corazón de Rowan dio un vuelco cuando reconoció a la vieja Lann—. ¡No os costó nada refugiarnos detrás de nuestra fuerza cuando llegaron los Zebak, Viajero! —gritó—. Recuerda sus jaulas de hierro. Recuerda la Guerra de las Llanuras. Recuerda nuestros incontables muertos. Recuerda eso antes de contar

chistes a nuestras expensas.

La gente de Rin murmuró, en señal de acuerdo.

—Nos acordamos, respetada anciana —dijo Ogden en tono calmo, extendiendo las manos hacia el fuego—. Los Viajeros no olvidamos. No olvidamos, por ejemplo, que vuestros guerreros dependían de la astucia y conocimientos de los Viajeros para forjar sus planes y disponer sus trampas. —Bajó la voz—. No olvidamos que los Viajeros los alimentaron y resguardaron cuando habrían muerto de hambre en las llanuras salvajes, lejos de sus pequeños campos, bonitas casas y almacenes bien provistos. Y no olvidamos que los Viajeros lucharon a su lado y murieron también a centenares, cuando habrían podido huir en busca de un lugar más seguro y haberlos dejado perecer solos. —Casi sonrió—. No —murmuró—, no olvidamos nada. Aunque parece que otros sí..., con extrema facilidad.

Recogió una margarita del suelo y la miró con aire pensativo.

Se hizo el silencio en el campamento. Un silencio incómodo. Después, Ogden levantó la vista. Sus ojos brillaban, bailaban como las llamas, y su sonrisa se ensanchó.

—Pero has dicho la verdad, Lann de Rin —ronroneó—. Vuestra breve historia es una historia de héroes, como bien sabemos los Viajeros. Sabemos lo mucho que valoráis la valentía. —Torció sus anchos labios—. La valoráis tanto como valoráis el trabajo duro, las casas sólidas, los estómagos llenos y las costumbres estables. Y eso significa que la valoráis mucho. Lo sabemos, aunque no fingimos comprenderlo. Y si a veces nos burlamos, Silvestres inútiles como somos, solo es debido a nuestra ignorancia, gente de Rin. Antes nos arrojaríamos al Abismo de Unrin que ofenderos a conciencia. Os suplicamos que nos perdonéis.

Inclinó la cabeza.

Mucha gente de Rin asintió con solemnidad. Pero los hijos de los Viajeros disimularon risitas tapándose la boca con las manos. Rowan sabía que Ogden se estaba burlando otra vez. Y también sabía que, debajo de la broma, había algo más oscuro. Las palabras de Lann habían abierto viejas heridas.

Allun también se daba cuenta. Rowan lo adivinó por el nerviosismo de sus ojos y la forma en que apretaba la boca. Pero se limitó a cabecear en dirección a Ogden y sonrió a la multitud.

—Bien, ahora que todo está solucionado —dijo—, ¿puedo contar mi historia?

Ogden extendió las manos.

—Cuenta, Allun, hijo de Sara de Rin y Forley de los Viajeros —dijo con frialdad—. La sangre de nuestros dos pueblos corre por tus venas. Nuestros oídos están abiertos a tus palabras.

—Cuenta bien, Allun —gritó la vieja Lann—. Pero cuida tu lengua. No queremos divagaciones farragosas. Procura no añadir nada al cuento que no sea necesario.

Ogden enarcó las cejas y dirigió una mirada de curiosidad en dirección a la anciana.

Pero Rowan sabía a qué se refería. Lann temía que Allun contara cómo había descubierto bayas rojas y dulces que crecían junto a las cuevas de la Montaña. Temía que se jactara de haber comido algunas, de habérselas dado a Marlie y de llenarse los bolsillos para llevarlas a Rin. Temía que revelara su secreto.

—No te alarmes, Lann —dijo Allun en tono risueño—. No te decepcionaré.

Clavó los ojos en Ogden y alzó la voz.

—Una mañana —empezó—, la gente de Rin despertó y descubrió que el río que bajaba de la Montaña y atravesaba el pueblo se había convertido en apenas un hilillo de agua. Al anochecer, incluso esa escasa agua había dejado de manar...

Se hizo el silencio en el campamento. Rowan vio que los Viajeros adultos se detenían para escuchar y se acercaban más. Reconoció a Zeel, la jefa de los Heraldos, cuando entró en el círculo. Los Viajeros sabían que el río significaba la vida para Rin y para el rebaño de bukshah. Incluso los ojos de Ogden habían perdido su brillo burlón.

Rowan cerró los ojos mientras Allun hablaba. No necesitaba escuchar esta historia. La había vivido, junto con Jonn *el Fuerte*, Allun, el panadero, Marlie, la hilandera, Bronden, la ebanista, y Val y Ellis, del molino.

Seis meses atrás, los seis habían escalado la Montaña prohibida para descubrir el origen del río seco e intentar llevar agua potable a Rin. Al final, como Sheba había vaticinado, fue Rowan, el miembro del grupo más pequeño y más débil, quien coronó con éxito la misión.

Pero Rowan sabía que no era un héroe. Como Sheba había dicho, seguía siendo el mismo chico de siempre, tímido y apocado.

Solo ahora comprendía que había diferentes tipos de valentía. Sabía que, si las personas amadas necesitaban ayuda, sería capaz de sentir terror, afrontarlo y hacer lo que debía.

Este conocimiento le confortaba. El sentimiento frío y solitario que había anidado en su pecho desde la muerte de su padre, años atrás, había desaparecido. Ahora era más feliz que antes de escalar la Montaña. Como Sheba había dicho, había aprendido una buena lección.

Pero no se sentía un héroe. En absoluto. Y cuando la gente decía que lo era, se sentía violento. Se removi6 en su sitio. Deseaba con todas sus fuerzas escabullirse, localizar a Jonn y a su madre, y hablar con ellos. Pero era imposible. Abandonar ahora el campamento se consideraría una grave descortesía. Tendría que esperar.

La manita de Annad tiró de su manga.

—Están escuchando —susurró—. Míralos. Ya verás cuando oigan lo que hiciste, Rowan. Ya verás cuando sepan los peligros a los que te enfrentaste para salvar al pueblo. —Hinchó el pecho—. ¡Espero que se enteren de que soy tu hermana! —añadió.

Paseó la vista a su alrededor y miró a los hijos de los Viajeros, acucillados junto al fuego, con los ojos abiertos de par en par.

—Después de esto, no se atreverán a burlarse de nosotros.

Cabeceó satisfecha.

Rowan palmeó la mano que le aferraba.

—Yo no estaría tan seguro de eso, Annad —susurró—. A los Viajeros les gusta reír. No se toman nada en serio durante demasiado tiempo.

‡ ‡ ‡

El relato de Allun había terminado. Se hizo el silencio alrededor de las brasas moribundas de la

hoguera. Entonces, los Viajeros, al igual que el pueblo de Rin, aplaudieron y prorrumpieron en vítores.

Allun sonrió y extendió la mano hacia Rowan, acucillado en las sombras. Rowan sabía que quería que se pusiera de pie, pero no podía hacerlo. Se encogió, pues no deseaba exponerse a los ojos curiosos de los Viajeros.

—¡Bien! —dijo Ogden, mientras revolvía el fuego con aire pensativo—. Bien, Allun. Ya tengo otra historia que contar por todo el país. La historia de Rowan de Rin —asintió—. Es una bonita historia —dijo—. La has contado bien. —Sonrió—. Pero yo sin duda la contaré mejor.

Todo el mundo rio, Allun el primero.

Ogden dejó caer el palo que sujetaba y se inclinó hacia delante.

—Y ahora, Allun, hemos de hablar en privado —dijo. Allun vaciló, y Ogden frunció el ceño—. He de hacerte algunas preguntas. —Hizo una pausa—. La Montaña es un gran misterio. Se dice que la gente del Valle de Oro la escaló, antes de que los Gigantes de Inspray lucharan y quedara oculta para siempre, pero he esperado mucho tiempo para conocer a un testigo que pueda hablarme de sus prodigios. Haz el favor de no decepcionarme, Allun.

Cayó el silencio sobre el grupo congregado alrededor del fuego. Rowan intuyó que la gente de Rin contenía el aliento.

—Temo que debo decepcionarte, Ogden —dijo Allun—. No puedo quedarme. Mi madre está cansada y yo he de volver al pueblo con ella.

—Entonces, os acompañaré —contestó Ogden con placidez—. Los tres compartiremos una taza de caldo en vuestra comfortable cocina, como hemos hecho con frecuencia.

Allun vaciló de nuevo. Rowan casi sintió el dolor detrás de su sonrisa. Y él dolor era fácil de ver en el rostro de Sara, aferrada al brazo de su hijo.

—Esta estación preferimos que ninguno de vuestra tribu venga al pueblo, Ogden, el narrador de historias. —Lann había avanzado. Su voz era firme y fuerte, y miraba a Ogden a los ojos—. Consideramos que vuestras visitas alteran a los niños. Y están cansados después del largo invierno. Por lo tanto, pedimos que respetéis nuestros deseos y os quedéis en vuestro campamento.

Ni un músculo de la cara de Ogden se movió. Era imposible saber qué estaba pensando, pero Rowan vio los rostros sombríos de Zeel y los demás Viajeros alrededor del fuego. Estaba claro que un veto como aquel no podía ser de su agrado.

—Tal vez podrías hablar con otro miembro del grupo de la Montaña, Ogden —interrumpió Sara, en un intento desesperado de hacer las paces—. Jonn *el Fuerte* está aquí, y también Marlie, la hilandera.

Ogden la miró un momento. Daba la impresión de que estaba reflexionando.

—En otra ocasión me gustaría mucho hablar con cada uno de los siete —dijo cortésmente por fin—, pero de momento... —Sus ojos penetrantes escudriñaron los rostros que rodeaban la hoguera—. Dejad que hable con Rowan. Es el que más me interesa.

Rowan removió los pies y sintió que sus orejas ardían. Notó que Annad le empujaba, entusiasmada. Sabía que tendría que levantarse y saludar al hombre parado al lado del fuego, pero no quería hacerlo. No quería hacerlo de ninguna manera.

Se obligó a ponerse en pie y avanzó dando tumbos. Sintió los ojos de la multitud clavados en él. Pero los únicos ojos que veía eran los de Ogden: profundos, oscuros, hipnotizantes.

## 8 El narrador de historias



—Bien, Rowan de los bukshah —dijo Ogden, al tiempo que extendía una delgada mano morena para invitarle a acercarse más—. Tenemos mucho de que hablar. Esta es la segunda vez que oigo hablar de ti hoy. Me han dicho que estabas en las colinas con el comité de bienvenida.

Rowan asintió. Recordaba las miradas de curiosidad de los Heraldos. Habían recordado su nombre, para luego comunicarlo a Ogden. «¿Por qué? —se preguntó—. ¿Por qué estaban interesados en un mensajero?».

Ogden inclinó la cabeza a un lado.

—Piensas mucho y te haces muchas preguntas, ¿verdad? —dijo en voz baja—. Más que la mayoría de tu gente, tal vez. Y quizá, debido a ello, a veces te sientes diferente de ellos. Quizá te sientes más a gusto cuidando de las grandes bestias que pastoreas. ¿Es eso posible, Rowan de los bukshah?

Rowan estaba inmóvil, sin saber cómo reaccionar. ¿Era capaz ese hombre de leer su mente? ¿Su alma? Miró hacia atrás, nervioso. ¿Dónde estaban su madre y Annad? ¿Dónde estaba Jonn?

Vio que estaban mirando a un mago Viajero, que hacía aparecer y desaparecer una campanilla de plata. Las manos del mago se movían como pájaros aleteantes, movían la campana de un lado a otro, de modo que brillaba a la luz del fuego, mientras aparecía y desaparecía. Annad estaba boquiabierta.

—No me tengas miedo —dijo Ogden, con su voz queda y suave—. No tengo la menor intención de herirte o molestarte. Solo quiero hacerte algunas preguntas. Preguntas sencillas. Me gustaría comprenderte mejor.

Rowan sintió que sus mejillas ardían más todavía. Se obligó a erguirse un poco más, y se preparó para lo que se avecinaba. Sabía que sería difícil mentir a ese hombre, de ojos penetrantes. Rowan no sabía qué haría si el narrador de historias le preguntaba a bocajarro si alguien había bajado algo de la Montaña.

Pero ante su perplejidad y alivio, Ogden no le preguntó eso. En cambio, sí preguntó por el padre y la madre de Rowan. Por los bukshah y la vida que Rowan llevaba. Al final del interrogatorio, tomó la barbilla del muchacho en su mano y le miró a los ojos.

—Sincero como largo es el día —dijo, y dejó caer la mano. Miró el rostro perplejo de Rowan y sus labios se curvaron un momento.

—Tu pequeña odisea ha terminado, Rowan de los bukshah —suspiró—. Eres libre de marcharte, con mi bendición.

Rowan agachó la cabeza y se alejó con cautela del fuego. Cuando se atrevió a levantar la vista,

Ogden había enlazado las manos detrás de la cabeza y estaba mirando el cielo estrellado. Tenía el ceño fruncido, como si cargara sobre los hombros todas las preocupaciones del mundo.

Rowan dio media vuelta y se alejó a toda prisa.

‡ ‡ ‡

Poco después, volvía a casa con Annad, Jiller y Jonn *el Fuerte*. Ya había pasado la hora de acostar a Annad, y tenía sueño, pero todavía hablaba de la historia de Allun mientras caminaba, rebosante de orgullo y entusiasmo.

Rowan miraba a su madre, alta y fuerte, a su lado. Pese a su enfado por la decisión de prohibir a los Viajeros la entrada en el pueblo, hacía días que no la veía tan alegre. La visita a las colinas le había sentado bien.

¿Debía contarles ahora lo de Sheba? No quería hacerlo delante de Annad. Tal vez esperaría a que llegaran a casa y su hermana se acostara. Unos pocos minutos más de aplazamiento no importarían.

Además, bajo ese cielo cuajado de estrellas, rodeado de su familia, su miedo se le empezaba a antojar infantil. Cuanto más pensaba en la escena del bosque, menos seguro estaba de que Sheba no le hubiera estado tomando el pelo.

Jiller se volvió y vio que la estaba mirando.

—Hiciste bien, Rowan —dijo en voz baja—. Te vi hablar con Ogden, el narrador de historias. Te mostraste sereno y te erguiste cuan grande eres. Me sentí orgullosa de ti.

Rowan no dijo nada. Aún se sentía afectado por la entrevista con Ogden. Estaba seguro de que las preguntas del hombre, que en apariencia se le habían antojado tan sencillas, poseían un significado que no había captado. De todos modos, las palabras de su madre habían confortado su corazón. No solía decir esas cosas. Prefería enseñarle a ser fuerte y no buscar alabanzas por hacer lo que debía.

—Rowan les ha dado una lección —bostezó Annad, muy contenta—. Les dio una lección a esos Silvestres.

—¡Annad! —exclamó Jiller, entre sorprendida y divertida—. No llames así a los Viajeros.

Annad volvió a bostezar.

—¿Por qué? —preguntó—. Todo el mundo lo hace. Todo el mundo los llama «Silvestres».

—Todo el mundo no, pequeña —la corrigió Jonn con firmeza—. Tu madre no lo hace. Ni yo. Marlie y Allun tampoco. Solo los que desean insultar a los Viajeros utilizan esa palabra.

—Oh. —Annad reflexionó—. ¿Por qué?

—Esa gente piensa que los Viajeros no sirven para nada —explicó Jiller—. Por eso los llaman Silvestres, por las margaritas silvestres.

—¿Por qué? —repitió Annad. Sus ojos casi se estaban cerrando a causa del cansancio, pero caminaba con decisión a su lado—. Eh, ¿por qué?

Rowan advirtió que Jiller y Jonn intercambiaban una sonrisa de complicidad.

Entonces, Jonn tomó a la pequeña en brazos.

—Porque las margaritas no tienen ningún uso ni propósito —explicó mientras andaban—. Cuando nuestro pueblo llegó a Rin, las margaritas crecían silvestres en todo el valle, como todavía sucede en las colinas y más allá. Pero a medida que se iban plantando cosechas y construyendo casas y carreteras, se iban arrancando las margaritas. Por lo visto, donde hay margaritas no crecen otras plantas. Por lo tanto, a los buenos granjeros no les gustan. Al igual que a algunas personas no les gustan los Viajeros.

Annad pensó en ello.

—Las margaritas no son por completo inútiles —arguyó—. Con sus raíces se preparan las medicinas que Sheba nos vende para la nariz de Rowan.

Jonn rio.

—Su polen provoca que la nariz del conejito escuchimizado moquee, pero las raíces lo impiden —dijo, al tiempo que miraba a Rowan—. La enfermedad y la cura reunidas en una sola planta. La naturaleza es extraña y maravillosa.

Llegaron a los jardines de Bree y Hanna, y Jonn se detuvo. Rowan olfateó el aire. Hasta su nariz tapada era capaz de percibir el perfume de las flores de las bayas de la Montaña.

—Debo dejaros aquí —dijo Jonn, al tiempo que bajaba a Annad al suelo—. Esta noche voy a montar guardia con Bree y Hanna.

Rowan sintió una punzada de decepción. Había estado seguro de que Jonn iría a casa con ellos y se sentaría un rato junto al fuego. ¡Lo había hecho con tanta frecuencia! Qué mala suerte que la noche que Rowan le necesitaba tuviera que ausentarse.

Jiller se ajustó más el chal sobre los hombros.

—Vigila bien —dijo—. Temo, igual que los demás, que Allun le cuente a Ogden lo de las bayas de la Montaña. Hasta el momento, no lo ha hecho. Sara y él se fueron antes de la asamblea, pero puede que vuelvan más tarde, solos, y quién sabe...

—Allun no es tonto. Mantendrá la boca cerrada, al igual que su madre —dijo Jonn con firmeza—. ¿Por qué crees que se marchó del campamento temprano? Quieren dejar claro a todo el mundo que, si los Viajeros averiguan lo de las bayas, no será por culpa de ellos dos.

—Pero Allun es medio Viajero —arguyó Jiller— y cree que todo este alboroto por las bayas de la Montaña es una estupidez.

—¡Madre! —protestó Rowan, conmocionado por sus palabras—. ¡Allun nunca nos traicionaría! —Jiller no dijo nada—. ¡Pensaba que eras su amiga! —la acusó Rowan.

—Soy amiga de Allun, Rowan —repuso con seriedad Jiller—, pero eso no significa que no vea sus defectos. Estoy de acuerdo, nunca nos traicionaría de forma deliberada, pero tal vez no esté de acuerdo en que hablar de las bayas de la Montaña suponga una traición. —Se mordió el labio—. La sangre de los Viajeros corre abundante por las venas de Allun. Cree que las cosechas son de a todos. No puede comprender por qué la gente de Rin desea mantener en secreto su regalo. Lo sé porque me lo ha dicho. También se lo ha dicho a Marlie.

Rowan se dispuso a hablar de nuevo, pero Jonn alzó la mano para impedirlo.

—Haga lo que haga Allun, tanto él como yo estamos seguros de que los Viajeros ya están enterados de la nueva cosecha, Jiller —dijo—. Y si no es así, pronto se enterarán.

—Pero ¿cómo? —gritó Jiller—. Lann dijo a Ogden que...

—La insultante orden de Lann no impedirá que los Viajeros visiten el pueblo por la noche, si así lo desean —dijo Jonn en voz baja—. Solo es necesario que utilicen los ojos y la nariz para descubrir los arbustos de bayas de la Montaña. ¡Están por todas partes! —Jiller suspiró—. Creo que no debemos temer nada, Jiller —añadió Jonn con suavidad—. Habrá montones de bayas de la Montaña en Rin el año que viene. Más que suficiente para asegurar el comercio y también su disfrute. —Sonrió—. Pronto, las bayas de la Montaña abundarán tanto como las margaritas —dijo—. La gente empezará a quejarse de ellas, dirá que son silvestres e inútiles, y las arrancarán.

—Lo dudo —rio Jiller—. Las flores son hermosas. El perfume es maravilloso. Nunca he probado unas bayas tan sabrosas. Buenas para comer, cocinar, en zumo...

—¿Nadie querrá mis bayas cuando las de la Montaña florezcan por doquier? —preguntó Jonn, ladeando la cabeza con fingido disgusto—. ¿Desaparecerán mis árboles del valle como las margaritas? ¡Tendré que escalar las colinas para recoger mi cosecha, como Sheba!

—Eso nunca sucederá. Me gustan tus bayas mucho más que las de la Montaña —dijo Rowan.

—Y a mí también —gorjeó Annad. Le gustaban los frutos de la Montaña, pero Jonn todavía más.

Jonn se desperezó, cansado.

—Bien, debo daros las buenas noches y dejaros partir hacia vuestro cálido fuego —bostezó. Empezó a acercarse a la puerta del jardín—. ¡Eh! —le oyó gritar Rowan, mientras sacudía la puerta—. ¡Hanna! ¡Bree! ¡Abrid!

Reinaba el silencio en los jardines.

—¡Bree! ¡Hanna! —rugió Jonn de buen humor—. ¿Estáis sordos o dormidos? ¡Dejadme entrar!

Silencio. Un silencio profundo, oscuro. Rowan se estremeció. A lo lejos, oyó bramidos inquietos en los campos de los bukshah. Y una tenue música desde las colinas. Se oyó un gruñido de exasperación, y después un estruendo metálico cuando Jonn se encaramó a la puerta cerrada y saltó al otro lado.

—¿Se puede saber a qué creéis que estáis jugando, vosotros dos? —le oyó gritar Rowan—. ¿Dónde estáis? Si os descubro roncando en la cama mientras yo...

Una exclamación ahogada. Un silencio. Después, el sonido de unos pies al correr, la puerta que se abría desde dentro. La voz de Jonn, perentoria:

—¡Rowan! ¡Jiller! ¡Venid, venid enseguida!

# 9 Problemas



Se inclinaron sobre las dos formas acurrucadas boca abajo sobre el suelo, al lado del jardín de bayas de la Montaña. Había estacas tiradas sobre la hierba a su alrededor.

—¡Aún respiran! —exclamó Jiller—. Están tan inmóviles que al principio pensé...

—Yo también lo pensé —dijo Jonn en tono sombrío—, pero están vivos. Aunque no se despiertan.

Sacudió el hombro de Bree. El hombre no se movió.

—¿Lo veis? —dijo.

—¡Los niños! —dijo con voz ahogada Jiller. Se puso en pie de un brinco sin decir nada más y corrió a oscuras hacia la casa, que se alzaba detrás de los árboles frutales.

Rowan esperó nervioso su regreso. Los tres hijos de Bree y Hanna no eran amigos suyos. Le despreciaban por su timidez y, además, era el blanco de sus burlas en demasiadas ocasiones, pero odiaba la idea de que corrieran peligro, o de que estuvieran aterrorizados en la casa, con sus padres tendidos fuera.

Jiller regresó al cabo de un momento.

—Dormidos en sus camas —dijo jadeante—. Parece que están bien, pero no he intentado despertarlos. Creo que padecen la misma enfermedad que sus padres.

Apoyó una mano sobre la mejilla de Bree, pálido como un muerto en las sombras.

—No tiene fiebre —dijo—, pero este sueño no es normal, Jonn.

Miró a su alrededor, estremecida, como si buscara ojos al acecho.

—Temía que sucedería algo parecido —dijo, al tiempo que pasaba la mano por la espalda de Annad—. Lo temí en cuanto oí a los niños gritar esta tarde. —Echó un veloz vistazo a los arbustos del jardín—. No sé si los han tocado, o si faltan frutas —murmuró—. No puedo verlo con esta oscuridad.

Jonn la miró con los labios apretados. Después sacudió la cabeza, como para aclarar sus ideas.

—Ya hablaremos de esto más tarde —dijo—. Ahora hemos de atender a Bree y Hanna. Hemos de llevarlos adentro, Jiller. Pesan lo suyo, pero entre los dos podremos hacerlo.

—¿Voy a pedir ayuda? —preguntó Rowan—. La casa de Bronden está cerca. Y la de Marlie.

Jonn vaciló.

—No —dijo por fin—. Creo que, de momento, será mejor que nos ocupemos de esto solos, Rowan. No quiero que la noticia se extienda. Hasta que sepamos... —Miró a los ojos de Rowan—. ¿Me has entendido? —preguntó.

Rowan asintió. Sabía tan bien como Jonn lo que ocurriría si se propagaba el rumor de que Bree y Hanna habían perdido el conocimiento. Sabía que algunos aldeanos no vacilarían en correr al

campamento de los Viajeros con antorchas y faroles, para acusarlos y amedrentarlos.

Sin duda, sería mucho mejor que Jonn y Jiller consiguieran despertar a Bree y Hanna y averiguaran la verdad de lo sucedido. Tal vez se trataba de algo de lo más normal. Algo que no guardaba la menor relación con los Viajeros.

—Puedes ayudar si te quedas aquí a vigilar, conejo escuchimizado —dijo Jonn—. No hay tarea más importante en este momento que mantener alejados a los intrusos de los jardines.

—¡Yo ayudaré! —insistió Annad, medio dormida—. Yo también vigilaré.

Jonn le sonrió, y sus dientes blancos brillaron en la oscuridad.

—Confío en ello, Annad —dijo.

—Llámanos si el menor sonido te alarma, Rowan —advirtió Jiller.

Rowan asintió. Vio que su madre y Jonn se agachaban sobre el cuerpo inerte de Bree, y después empezaban a cargarlo hasta la casa que se alzaba al otro lado de los jardines.

Jiller y Jonn, tambaleándose un poco debido al peso, desaparecieron en las sombras de la casa.

A solas con Annad y la inconsciente Hanna, Rowan escudriñó la oscuridad. Rayos de luz de luna caían sobre los jardines.

Reinaba el silencio. Tanto, que se oía a la perfección la respiración profunda de Hanna. Ningún sonido llegaba desde los campos de los bukshah. Ningún sonido desde el campamento de la colina. Y, sin embargo, el silencio no era apacible. Era como el silencio de la espera, pesado, lleno de presagios.

***El enemigo secreto está aquí.***

***Se oculta en la oscuridad,***

***¡id con cuidado, idiotas!***

Rowan sintió que su hermana le pesaba más sobre el hombro. Bajó la vista y advirtió que sus ojos se habían cerrado.

—Annad —dijo—. ¿Quieres entrar y acostarte?

La niña alzó los párpados con gran esfuerzo.

—No quiero dormir —murmuró—. Estoy vigilando.

—Ya lo creo —dijo Rowan—. Vigila, pues.

Ella asintió, satisfecha. Sus párpados volvieron a cerrarse.

Rowan la rodeó con el brazo para darle calor. Vigiló, escudriñando la oscuridad que acechaba al otro lado de los jardines, buscando en las sombras el menor movimiento. Escuchó en el profundo silencio, en un esfuerzo por percibir el sonido más leve. Esperó la menor señal de que algo o alguien se estuviera acercando, mirando y escuchando como él.

Pero no había nada. Solo unos versos machacones en su cabeza. Y con la voz, una imagen: Sheba, con el miedo reflejado en su cara.

Oyó que su madre y Jonn salían de la casa y se acercaban al jardín. Volvían en busca de Hanna.

Miró a Annad. Dormía profundamente. No iba a despertarse. Comprendió que había llegado el momento.

—Jonn, madre —susurró—, tengo algo que deciros. ¡Ahora!

‡ ‡ ‡

Los ojos de Jiller estaban velados por el miedo.

—¿Qué significa eso? —susurró—. ¿Qué significa «la vieja rueda gira»?

Rowan la miró, sorprendido. No había pensado en esa parte del verso.

—No lo sé —dijo—. No sé qué significa el poema. Ni tampoco Sheba. Pero está asustada.

Le miraron fijamente. Una nube se deslizó sobre la luna, y los jardines se oscurecieron. Un pájaro se removi6 en un árbol cercano. Annad murmuró entre sueños y se agitó contra el hombro de Rowan.

Jonn se levantó.

—Creo que necesitamos ayuda —dijo—. No podemos seguir manteniendo el secreto.

Jiller asintió.

—Es tarde. No podemos despertar a todo el pueblo a estas horas.

—Ni lo deseamos —repuso Jonn con semblante adusto—. Rowan ha de ir a despertar solamente a los que puedan proporcionar una verdadera ayuda.

—Timon —sugirió Rowan. Para él, Timon, el maestro, era el único capaz de pensar con claridad sobre el poema de Sheba, además de ser uno de los aldeanos menos proclives al pánico.

—Sí —admitió Jiller—. Timon... Y Marlie.

—Y también Allun —añadió Jonn.

—No creo que sea sensato mezclar a Allun en esto —dijo Jiller—. Porque está claro que los Viajeros tienen algo que ver.

—¿Quién mejor que Allun para ayudarnos, pues? —preguntó Jonn—. Tenemos suerte de contar con un amigo que conoce los hábitos de los Viajeros.

Jiller no dijo nada, pero Rowan se dio cuenta de que estaba preocupada.

—Iré a buscar a Timon, Marlie y Allun —se apresuró a intervenir.

Le preocupaba ver discutir a su madre con Jonn. En otro tiempo había detestado la idea de que, un día, Jonn *el Fuerte* pudiera casarse con Jiller y convertirse así en su padrastro. Pero ahora había cambiado de opinión. Jonn jamás ocuparía el puesto de su padre en su corazón, pero había conquistado su propio espacio, el espacio de un amigo bueno y especial, alguien a quien necesitaba y a quien quería.

—Sí, Rowan —dijo Jiller en voz baja—. Trae también a Lann.

Rowan y Jonn la miraron, sorprendidos. Les devolvió la mirada con seriedad.

—He estado pensando en el verso —dijo—. «La vieja rueda gira», dice. Y habla de «los mismos errores, el mismo orgullo de siempre». Creo que nos está diciendo que ya nos hemos enfrentado al mismo problema.

El corazón de Rowan se aceleró. Había recordado de repente lo que Sheba había dicho antes de

que empezara el poema: «El enemigo vuelve una vez más —había dicho—. La rueda gira. Y esta vez... esta vez...».

Repitió los últimos versos del poema de Sheba:

***Pues día a día su poder aumenta,  
y cuando por fin muestre su rostro,  
el pasado y el presente se reunirán:  
el círculo del mal se cerrará.***

Se estremeció. Sabía que su madre tenía razón. Algo espantoso iba a suceder. Y ya había sucedido antes. Poco a poco, la rueda del tiempo y el destino estaba girando. Un círculo maléfico se estaba formando. Y cuando se cerrara...

Jiller miró a Jonn.

—La respuesta a esto reside en nuestro pasado —dijo—. Estoy segura.

Él asintió lentamente.

—Lann es la persona más anciana del pueblo —continuó Jiller—. Recuerda incluso aquello que los libros no nos cuentan. Si el problema al que nos enfrentamos se ha producido antes, Lann lo sabrá. Tal vez pueda ayudarnos a impedirlo, antes de que la rueda siga girando.

—Tienes razón —exclamó Jonn. Se volvió hacia Rowan—. Vete, pues —ordenó—. Vete deprisa.

# 10 ∞ El enemigo secreto



Timon se acarició la barbilla.

—Los libros nos dicen que el hambre siempre ha sido un enemigo al que Rin ha de temer —sugirió—. La hemos afrontado cuando las cosechas han sido pobres, o cuando las nieves han aislado el pueblo de la costa durante demasiado tiempo.

—Dudo que ese sea el enemigo —dijo Jiller—. El verso dice que el enemigo ya está aquí. Quizá oculto, para que no lo reconozcamos. Pero aquí.

—Creo que deberíamos acudir a Sheba —dijo Marlie— y preguntarle qué significa el poema.

—¡No lo sabe! —exclamó Rowan—. Ya os lo he dicho.

—No lo sabía cuando hablaste con ella, Rowan —contestó Jonn—. Pero ahora es posible que sepa más cosas. Deberíamos probar.

Lann asintió.

—Muy cierto —dijo. Señaló con el bastón a Rowan—. El chico debería ir, acompañado de Jiller y Jonn. El resto nos quedaremos con los durmientes. Timon será una buena compañía para mí. Marlie puede vigilar las bayas de la Montaña...

—¿Y yo? —preguntó Allun con una sonrisa sesgada.

—No quiero perderte de vista, Allun —dijo Lann con calma—. Por si decides darte un paseo hasta las colinas.

El rostro de Allun se ensombreció de ira, pero guardó silencio.

El huerto apenas estaba iluminado por la luz de la luna. Rowan, Jonn y Jiller no hablaban mientras avanzaban entre los arbustos de bayas, con mucho cuidado de no aplastar las hierbas aromáticas y los tiernos arbustos de bayas de la Montaña arracimados bajo sus pies. Reinaba un gran silencio. Ningún pájaro se removía en los árboles. Ningún sonido llegaba desde los campos de los bukshah.

Treparon por la valla que señalaba el fin del huerto, y empezaron a caminar a buen paso sobre la hierba que crecía delante de la cabaña de Sheba.

La puerta estaba abierta, y una luz parpadeante salía de dentro. La luz y la sombra alargada de alguien que se movía. Rowan sintió que su corazón se aceleraba. Miró a su madre. Su expresión era inflexible y decidida, pero dedujo por su respiración acelerada que ella también estaba asustada.

Llegaron a la puerta y miraron dentro. Sheba estaba encorvada sobre la gran olla de hierro colgada sobre el fuego. Mascullaba para sí mientras removía el guiso.

—¡Sheba! —dijo Jiller en voz baja.

La anciana se volvió poco a poco. Miró sin comprender a Jiller y Jonn. Y entonces, vio a

Rowan. Sus ojos vidriosos se abrieron de par en par y alzó las manos con un grito de miedo, como para protegerse.

—¡Déjame! —dijo con voz ahogada—. ¡Déjame en paz! ¡Llévate tu rostro de pesadilla!

Rowan retrocedió, asombrado.

—Hemos de hablar contigo, Sheba —la apremió Jonn—. ¿Cuál es el significado del poema que entregaste a Rowan?

Ella sacudió la cabeza y cerró los ojos.

—Dejadme —gimió—. Dejad que haga mi trabajo. No queda tiempo. Se ha terminado.

La luz del fuego saltó detrás de ella. La pócima maloliente del caldero burbujeaba.

—El trabajo ya no importa —exclamó Jiller—. Lo que importa es el poema, Sheba. Has de contarnos lo que sabes.

—Nada sé —dijo en tono monótono la anciana—. Nada, excepto mis pesadillas. Y todo ello, todo, se está convirtiendo en realidad. Incluso ahora, la rueda está girando. Muy pronto, el enemigo caerá sobre nosotros. Pronto, pronto...

—¡Ayúdanos, Sheba! —suplicó Jonn.

En la cara de Sheba no había la menor emoción.

—Debo preparar la pócima. Esto sí que lo puedo hacer. Llevaos al chico. Su rostro atormenta mis sueños. El rostro... Las cometas... El búho dorado de los ojos verdes... —Rowan oyó su jadeo estrangulado y el grito agudo de su madre—. ¡Todos ellos... me atormentan! —Sheba se mesó los cabellos y se tambaleó sobre sus pies—. Y no sé por qué. Solo sé que debo trabajar. Debo continuar adelante. Pero estoy tan cansada, tan cansada... —Dio un paso vacilante hacia ellos—. ¡Déjame en paz, torturador! —chilló, mirando directamente a Rowan—. ¡Déjame en paz!

Jill rodeó con el brazo a su hijo y le sujetó con firmeza.

—Vámonos —dijo Jonn—. Ya no podemos hacer nada más.

‡ ‡ ‡

La anciana Lann se acercó a la ventana entreabierta. Por un momento, observó la alta figura de Marlie, que todavía montaba guardia junto a las bayas de la Montaña. Después, se volvió hacia los demás.

—Tres cometas... ¿Qué puede significar esto, sino que es obra de los Viajeros? Además, el búho dorado de ojos verdes es el símbolo de aquel cuento de los Viajeros, el del Valle de Oro. Hemos de tomar buena nota de estas visiones. Tal vez Sheba ignore su significado, pero son advertencias. No cabe la menor duda.

—Dijo que la rueda estaba girando —dijo Jiller, temerosa—. Dijo que el enemigo no tardaría en caer sobre nosotros.

—Pero ¿qué enemigo? —preguntó Timon con el ceño fruncido.

—¿De qué sirve buscar significados secretos de la palabra? —contestó Lann con voz cansada, muy diferente de su tono agresivo habitual—. Rin solo ha tenido un enemigo real: los Zebak. Hemos de armarnos y prepararnos para la guerra.

Se hizo el silencio en la bien iluminada sala. Rowan miró a su madre. Había ido al dormitorio para ver cómo seguían Bree y Hanna, que continuaban sumidos en su extraño y anormal sueño. Jiller había regresado a tiempo de escuchar las palabras de Lann. Se hallaba de pie junto a la puerta, con los puños apretados. Sus ojos se desviaron hacia Annad, ovillada en el sofá del rincón, y después hacia Jonn, sentado a la gran mesa, y por fin hacia él.

«Tiene miedo por nosotros», pensó Rowan. Vio que se acercaba con celeridad a la mesa y volvía a sentarse. Parecía agotada. Sombras grises aparecían bajo sus ojos. Tenía la cara pálida.

—No hay noticias de que los Zebak se dispongan a regresar, Lann —dijo, y se inclinó por encima de la mesa—. Los de Maris no han informado de que barcos extraños se acerquen a la costa, ni corren rumores por los mares.

—Ha sido un invierno largo y duro, muchacha —dijo Lann—. Ningún habitante de Rin se ha acercado a la costa desde otoño. ¿Acaso sabemos lo que está pasando allí? En estos momentos, el pueblo de Maris podría estar derrotado y esclavizado.

—Los Viajeros lo sabrían —adujo Timon—. Además, los Heraldos dijeron que no había nuevas.

—Dijeron que no había nuevas que contarnos, Timon —corrigió Jonn—. Lo cual es muy diferente de no tener nuevas. —Miró a Allun—. Los Heraldos callaban algo. Lo presentí. Es posible que los Viajeros sepan algo que no pueden o no quieren decir, por razones personales.

—Paparruchas —dijo Allun, y desvió la mirada.

Lann le traspasó con la mirada.

—¿De veras? —preguntó.

Allun sostuvo su mirada severa con calma.

—Sí —contestó en voz baja—. Los Viajeros no nos ocultarían la noticia de una invasión de los Zebak. No solo porque son nuestros amigos, sino porque, como tú misma indicaste en el campamento hace poco, Lann, nos necesitan.

—Eso es cierto, Lann —aprobó Jonn—. Los Viajeros no desean ser esclavos de los Zebak más que nosotros. Como Ogden nos ha dicho esta noche, se acuerdan muy bien de la Guerra de las Llanuras, y también de la gran batalla anterior, cuando nuestros antepasados llegaron aquí y fueron liberados.

—Y no solo eso —dijo Timon con voz queda—. Algunos relatos de los Viajeros hablan de invasiones Zebak que se remontan a la noche de los tiempos. Según la leyenda, su pueblo libró una gran batalla contra los Zebak al mismo tiempo que los Gigantes de Inspray luchaban en la Montaña por el Valle de Oro.

Lann frunció el ceño.

—Los Gigantes de Inspray... ¡El Valle de Oro! ¡Patrañas!

Timon carraspeó.

—Tal vez —dijo—. La realidad y la fantasía suelen mezclarse cuando una historia se transmite solo mediante imágenes y la tradición oral, como es el caso de los Viajeros. Pero parece bastante cierto que los Zebak siempre han deseado apoderarse de esta tierra. Lo intentaron muchas, muchas veces, antes de que llegáramos aquí.

—Y siempre fracasaron —le recordó Jiller.

—Sí —admitió Timon—. Su poder nunca estuvo a la altura del ingenio del pueblo de Maris y el conocimiento de la tierra que poseían los Viajeros. Al final, siempre fueron rechazados.

—Y después empujaron a nuestra raza hasta estas orillas. Un error fatal —añadió Lann con satisfacción—. Sumaron a sus filas un ejército de guerreros esclavos, pero estos se rebelaron contra ellos y se unieron a los que deseaban conquistar. Durante los últimos trescientos años, en lugar de dos pueblos que defendieran esta tierra ha habido tres. —Hizo una pausa, y una sombra cruzó su cara arrugada—. Pero hemos de pensar si todavía existen tres, amigos míos, o la traición, como nos advierte el poema de la bruja, acecha.

—¿Qué quieres decir? —gritó Allun, enfurecido.

Timon se pasó una mano sobre sus ojos cansados.

—No debemos permitir que nos guíen nuestros sentimientos, Allun —dijo—. Hemos de sopesarlo todo. ¿Y si...? —Titubeó, miró a Jonn y Jiller y continuó—: ¿Y si los Zebak, conscientes de que no pueden conquistar esta tierra solo por la fuerza, han apelado a la astucia? ¿Y si han hecho promesas a los Viajeros, promesas de concederles algo que desean sobremanera, a cambio de su ayuda?

—Los Viajeros no desean nada. ¿Qué podrían prometerles los Zebak? —preguntó Allun.

—Algo que nadie más podría darles —fue la sencilla respuesta de Timon—. Los Zebak podrían haber prometido a los Viajeros utilizar su poder para ayudarlos a salvar el Abismo de Unrin y descubrir el Valle de Oro.



Se hizo el silencio en la habitación. Rowan sabía que todo el mundo pensaba lo mismo. Timon estaba en lo cierto. Lo único que podía tentar a los Viajeros era la oportunidad de encontrar el legendario lugar que constituía el núcleo de sus relatos. Redescubrir, después de miles de años, la poderosa y sabia raza que había sido amiga y aliada de los Viajeros.

—Pensad en lo que significaría para Ogden convertirse en el líder que logró para su pueblo tanta felicidad —dijo—. El Abismo de Unrin siempre ha sido un lugar prohibido para los Viajeros. No pueden entrar en él, del mismo modo que no pueden escalar la Montaña. Si quieren conseguirlo, otros han de hacerlo por ellos. Ogden sabe que ni nosotros ni la gente de Maris les ofreceríamos ayuda para encontrar el Valle.

—¿Para qué íbamos a arriesgar la vida y perder el tiempo en eso? —preguntó Lann por fin—. El Valle de Oro es una leyenda. No existe.

—Los Viajeros creen que sí —repuso Allun con voz fría e inexpresiva—. Como creen que el sol sale por el este y se pone por el oeste. No albergan la menor duda. —De repente, echó la silla hacia atrás y se levantó a medias. Sacudió la cabeza con violencia—. ¡No! —gritó—. ¡No! ¡Los Viajeros jamás se dejarían cautivar por las promesas de los Zebak! ¡Nunca! Ni siquiera por esto. Ni siquiera por el Valle de Oro. Son nuestros amigos. ¡Nunca nos traicionarían!

—Tal vez los Zebak hayan aprendido una lección gracias a los Viajeros —dijo, agachando la cabeza—. Tal vez hayan aprendido que se capturan más abejas con miel que con miradas airadas y palabras agresivas. Cabe la posibilidad de que, mediante trucos y mentiras, hayan vuelto contra nosotros a los Viajeros, Allun. ¿Quién sabe?

Rowan los miraba fijamente. «Bajo dulces apariencias, el mal abrasa». ¿Habían caído en la cuenta de hasta qué punto coincidían las palabras de Timon con el verso?

A juzgar por sus expresiones, sí. Y más. Estaban recordando las visiones de Sheba. Tres cometas. Las cometas de los Viajeros. Y un búho dorado de ojos verdes.

Oyó de nuevo la voz de Ogden. «El Valle de Oro... Casas pintadas con hermosos dibujos, todos diferentes... Delante de cada casa, un ave dorada, un búho de ojos esmeralda...».

Antes de que pudiera decir algo, se oyó un gemido en la otra habitación. Jiller se puso en pie de un salto y corrió hacia el lugar donde Bree y Hanna estaban acostados. Todo el mundo la siguió de inmediato.

Bree estaba moviendo la cabeza sobre la almohada.

La atmósfera de la habitación era asfixiante. Timon se volvió y abrió la ventana. El frío aire de la noche trajo consigo el perfume de las bayas de la Montaña y la hierba recién brotada, pero ningún sonido. Ninguno en absoluto.

—¿Qué ha pasado, Bree? —preguntó Lann con brusquedad—. ¡Dínoslo! ¡Vamos, hombre! ¡Haz un esfuerzo!

Los ojos de Bree se abrieron poco a poco. Miró perplejo a la gente arracimada en su pequeño dormitorio. Después, volvió la cabeza y vio a su esposa, todavía inconsciente, en la cama junto a él.

—¡Hanna! —gimió, y extendió la mano hacia ella.

—Está dormida, Bree, como lo estabas tú —le tranquilizó Jiller—. Hemos de saber qué ha pasado, Bree.

—Estábamos construyendo una valla... —musitó Bree—... alrededor de las plantas de bayas de la Montaña. Queríamos protegerlas de los ladrones Silvestres que pudieran venir de noche. —Allun emitió un audible sonido de disgusto y protesta. Jiller sacudió la cabeza en su dirección. Quería que Bree continuara—. Yo estaba clavando estacas en el suelo —dijo Bree—. Las clavaba y luego afilaba los extremos. Pero la tierra estaba dura. Parecía de hierro. Las estacas apenas se clavaban, por más que me esforzaba. Quedé extenuado. Después, lo intentó Hanna mientras yo descansaba, pero al final también tuvo que rendirse.

Rowan vio que los adultos intercambiaban una mirada. Esto era muy raro. El suelo de los jardines era fecundo y húmedo. Las estacas se habrían hundido como un cuchillo en la mantequilla.

—Estaba muy cansado —suspiró Bree—. Agotado. Tuve que tumbarme. Muy cansado... Sus párpados cayeron y se le abrió la boca.

—¡Bree! —gritó Jonn, al tiempo que le sacudía; pero Bree no contestó. Se había vuelto a dormir, y esta vez no se despertó.

—¡Está hechizado! —gruñó Lann, al tiempo que golpeaba el suelo con su bastón, enfurecida—. Y Hanna también. No contentos con vendernos a nuestros enemigos, los Silvestres quieren llevarse las bayas de la Montaña. Endurecieron la tierra para impedir que construyeran la valla. Pusieron a dormir a los jardineros y...

—¡Tal vez pusieron a dormir a los jardineros! —protestó Allun—. Pero, si lo hicieron..., ¿qué, Lann? Es un truco inofensivo. No tiene nada que ver con los Zebak, ni con el poema de Sheba. Saltáis de una cosa a otra sin pensar, guiados solo por vuestra antipatía hacia los Viajeros.

—Eso no es así, Allun. —Jiller apoyó una mano en su brazo.

—¡Sí que lo es! —gritó el hombre, al tiempo que apartaba a Jiller.

—No —rugió Lann, y golpeó su bastón—. ¡Cállate, Allun!

Jiller salió de la habitación. Rowan la siguió.

La encontró inclinada sobre Annad, todavía tumbada en el sofá. Se incorporó para mirarle, con arrugas de preocupación en la frente.

—No me gusta esto, Rowan —dijo—. Ya presiento los problemas que se avecinan. Estamos discutiendo y peleando entre nosotros, cuando deberíamos unirnos más para hacer frente a lo inminente. Solo de esa forma seremos fuertes.

Rowan asintió. Se sentía próximo a la desesperación. Las palabras de Sheba se abrieron camino hasta su mente.

*Los mismos errores, el mismo orgullo de siempre,  
La armadura inestimable descartada.*

¿A eso se refería aquel verso? En tal caso, Sheba tenía razón y el círculo de maldad estaba a punto de cerrarse. La rueda estaba girando, y cada momento acercaba más y más al enemigo. Se estremeció.

—¿Crees que Timon podría tener razón? —murmuró Jiller—. ¿Es posible que los Viajeros se hayan vuelto contra nosotros?

—Pero entonces, ¿para qué han venido? —replicó Rowan.

—¡Para espiar! —dijo Lann desde la puerta del dormitorio. Avanzó cojeando hacia el fuego. Su rostro se veía demacrado y cansado cuando se acomodó penosamente en una silla—. Han venido a espiarnos —dijo—. Para informar a sus nuevos amigos sobre nuestras provisiones de alimentos y armas. —Agachó la cabeza y después la levantó con un gran esfuerzo—. Estoy cansada —murmuró—. Muy cansada.

Jonh cruzó a toda prisa la habitación y se arrodilló a su lado.

La vieja guerrera le rechazó con un débil ademán.

—Los Silvestres han venido a espiarnos —repitió. Entonces, Rowan vio que sus ojos se dilataban—. O algo peor —musitó. Se volvió en la silla para mirarles con los ojos desorbitados—. ¡Hemos estado ciegos! —chilló—. Bree... Hanna...

Intentó ponerse en pie, pero cayó hacia atrás con un gemido.

—¿Qué ocurre, Lann? —gritó Jiller atemorizada. Se llevó la mano a la boca y miró a Annad, pero su voz no había despertado a la niña. No se movió. Una sombra de perplejidad atravesó el rostro de Jiller.

—Marlie —gruñó Lann—. ¡Deprisa!

Allun la miró y fue hacia la puerta. La abrió y llamó a Marlie, pero la alta figura de pie en el jardín no se volvió ni contestó.

Jonh y Timon fueron hacia ella, pero Allun ya estaba corriendo. Oyeron que llamaba a la muchacha, cada vez más alarmado en el denso silencio de la noche.

—¡Marlie! ¡Marlie! ¡Contéstame!

—Despertará a todo el pueblo —dijo Timon, preocupado.

Pero nada se movió. Y mucho menos Marlie. Porque, cuando en respuesta a los gritos desesperados de Allun, Rowan, Jonh y los demás corrieron a su lado, le encontraron sacudiendo a la joven, aterrorizado, mientras ella, inmóvil como una estatua, miraba hacia la lejanía.

‡ ‡ ‡

—Respira —dijo Jiller, inclinada sobre el cuerpo rígido de Marlie, tendida ahora junto al fuego—. Pero...

—No despertará —musitó Lann—. Uno a uno vamos cayendo víctimas de esta... de esta brujería. Este es el plan. Nos dormimos... y después...

Enmudeció. Se reclinó en su silla.

«Se oculta en la oscuridad, ¡id con cuidado, idiotas!».

Jiller se puso en pie con un grito y apoyó una mano sobre la frente de la anciana, pero esta no se movió. Jiller dio media vuelta, con los labios apretados, y se acercó al sofá donde estaba tendida Annad.

—¿Por qué no ha venido nadie a averiguar lo que está pasando aquí? —preguntó Timon de repente—. Los gritos de Allun tendrían que haber atraído al menos a una docena de personas. La casa de Bronden está muy cerca. Y hay más, muchos más.

—Quizá no le han oído —dijo Jonn con seriedad—. Quizá estaban profundamente dormidos. Como los hijos de Bree y Hanna. Como los propios Bree y Hanna. Como Marlie. Y ahora, al parecer, como Lann.

Jiller emitió un leve sonido de angustia desde el sofá. Cuando la miraron, se humedeció los labios resecos.

—Y Annad, Jonn —susurró—. Annad está como los demás.

Rowan sintió que se le revolvía el estómago. Corrió hacia el sofá y sacudió a Annad con violencia, pero la niña no se movió. Se volvió hacia Allun, a punto de llorar.

—¡Allun! —gritó—. Allun, has de decir a los Viajeros... ¡que pongan fin a esto!

Allun retrocedió. Estaba muy pálido.

—No es posible —dijo—. No es posible...

Después, miró a Marlie, tendida en el suelo, a Lann, derrumbada en su silla, a Jiller, agachada sobre el pequeño bulto del sofá.

—Yo iré —dijo en voz baja—. Si esto es obra de mi pueblo, lo detendré. ¡Lo juro! —Aferró el brazo de Jonn—. Toca la campana de la plaza —dijo atropelladamente—. Toca bien fuerte hasta que alguien acuda. No podemos ser las únicas almas con los sentidos intactos.

—Yo iré —dijo Timon—. Que Jiller y Jonn se queden aquí con los que duermen, para impedir que les pase algo. Tú, Allun, ve al campamento de la colina. Ve deprisa, pero no solo. Llévate a Rowan.

—¡No! —gritó Jiller—. ¿Por qué Rowan?

—Ogden conoce a Rowan, y le respeta por ser el héroe de la Montaña —dijo Timon—. Esta noche dio la impresión de que reconocía algo en el muchacho. Algo que consideró interesante y que le gustó. Después de Allun, Rowan es nuestro mejor mensajero.

—Sí —admitió Jonn—. Rowan debería ir. Sheba dice que ve su rostro en los sueños. Tal vez desempeñe algún papel en este misterio.

Jill asintió y se derrumbó, agotada, en el sofá, con la cabeza de Annad en el regazo. Parecía agotada. Las sombras que había debajo de sus ojos habían pasado del gris al negro.

—¡Madre! ¡No te duermas! —advirtió Rowan, angustiado.

Allun le tiró del brazo.

—Vámonos —le urgió—. ¡Deprisa!

Salieron de la casa y empezaron a correr a través del pueblo. Los primeros signos de la aurora ya estaban despuntando en el cielo. Cuando llegaron a los árboles donde Rowan se había

encontrado con Sheba, oyeron que la campana empezaba a tañir.

Rowan imaginó a Timon solo en la plaza, tirando de la cuerda con sus largos dedos. Estaría sordo por la campana. Sus ojos escudriñarían la oscuridad, por si se acercaba gente alertada por su tañir.

Rowan y Allun salieron del bosque y empezaron a ascender la colina corriendo. Rowan trotaba con la cabeza gacha, jadeante.

Oyó que Allun maldecía y reducía la velocidad.

—¿Qué pasa? —preguntó con voz estrangulada—. ¿Allun?

Allun se detuvo.

—Mira —dijo, y señaló.

La colina donde habían acampado los Viajeros estaba desierta.

Se habían marchado.

## 12 ∞ La rueda gira



Allun se agachó y tocó las cenizas del fuego de Ogden.

—Todavía están calientes —dijo—. Se han marchado hace tan solo unas horas.

—¿Adónde han ido? —exclamó Rowan—. ¿Con tanto sigilo, sin ni siquiera despedirse?

Allun apretó la boca.

—Quizá se han ofendido y encolerizado porque el pueblo de sus supuestos amigos les ha prohibido el paso.

Rowan miró su rostro enjuto, recortado contra el cielo. En aquel momento, con el pelo alborotado y los ojos oscuros, Allun no parecía un hombre de Rin, sino un Viajero auténtico.

—O tal vez —continuó el hombre con voz dura— se fueron porque ya habían hecho lo que habían venido a hacer. Tal vez la vieja Lann esté en lo cierto.

Rowan contuvo el aliento.

—Hemos de volver al pueblo —dijo Allun con brusquedad. Empezó a bajar la colina.

—¡Allun! —gritó Rowan—. ¿Qué vamos a hacer?

—Vamos a ver a mi madre, y a la tuya —dijo Allun, al tiempo que aceleraba el ritmo de sus pasos—. Vamos a conseguir agua y comida. Y después, nos iremos en pos de los Viajeros, con el fin de llegar al fondo de este asunto, para bien o para mal, antes de que sea demasiado tarde. Si los Zebak están cerca...

—Pero, Allun... —jadeó Rowan, esforzándose por no quedar rezagado—. ¿Cómo...? ¿Dónde...?

Allun miró al muchacho. Su voz se suavizó.

—No hagas preguntas, Rowan. Ahorra aliento. Hemos de darnos prisa.

‡ ‡ ‡

El pueblo estaba en silencio cuando entraron. El tañido de la campana había cesado, pero el corazón de Rowan dio un salto de alivio cuando oyó voces procedentes de la plaza. Eso quería decir que había gente despierta y concentrada allí. Y no se oían gritos de miedo o pánico. Estaban hablando en voz baja entre sí.

—No pasa nada —dijo a Allun, más animado—. Ahí hay gente. Puede que Annad haya despertado también, y Marlie y los demás.

Pero el rostro de Allun seguía mostrando consternación.

—Espera —dijo.

Doblaron una esquina y llegaron a la plaza. Timon seguía de pie junto a la campana. Había una

docena de personas congregadas a su alrededor. Otras estaban accediendo desde todas las calles adyacentes. Algunas se estaban alejando en silencio.

Rowan parpadeó cuando vio la escena. Y en aquel momento, sus esperanzas se desvanecieron. Algo iba mal. Le había alegrado la ausencia de gritos de pánico, pero el alboroto tendría que haber sido mucho mayor.

Y tendría que haber más movimiento. Tendría que haber niños correteando, emocionados por la llamada inesperada. Tendría que haber gente caminando a toda prisa, deseosa de saber la noticia, deseosa de saber por qué la habían despertado con tanta brusquedad.

Pero no había nada de eso. No había niños en la asamblea. Y daba la impresión de que los adultos vagaban sin rumbo. Su expresión era soñadora y hablaban en voz baja. Algunos ni siquiera se habían tomado la molestia de ponerse prendas de abrigo sobre su ropa de dormir, de forma que iban de un lado a otro con camisones blancos, temblando de frío, descalzos y con el pelo alborotado, como fantasmas.

Andaban como sonámbulos. Era como si se hubieran levantado en pleno sueño y fueran a dormirse otra vez de un momento a otro. Mientras Rowan miraba, vio que Neel, el alfarero, suspiraba y caía poco a poco al suelo. Las piedras debían de estar muy frías, pero se acurrucó como si estuviera sobre su colchón y cerró los ojos.

Rowan se llevó la mano a la boca para reprimir un grito.

Allun cruzó la plaza en tres zancadas y asió el brazo de Timon. El maestro se volvió lentamente, y Rowan vio horrorizado que su rostro estaba desprovisto de toda expresión.

Allun le sacudió el brazo.

—¡Timon! —gritó—. ¡Despierta, Timon! ¡Vuelve a tocar la campana!

Aferró la cuerda de la campana y tiró de ella con furia. El sonido de la campana resonó en la plaza. La gente se volvió a mirar, parpadeó y dio media vuelta.

—¡Timon! —gritó Allun. El rostro del maestro se animó un momento. Se humedeció los labios.

—Es demasiado fuerte, Allun —musitó—. Está creciendo. Ya no puedo luchar. Y los demás...

Sacudió la cabeza.

Allun se volvió hacia Rowan.

—Ven conmigo —dijo. Empezó a abrirse paso entre la gente que llenaba la plaza. Apenas le miraron, ni tampoco a Rowan. Se limitaron a apartarse cuando pasaron, como hierba doblada por el viento.

La puerta de la panadería estaba cerrada. Allun la abrió y atravesó la fría cocina hasta la parte posterior de la casa.

—¡Madre! —gritó.

Pero no obtuvo respuesta.

—¡Madre! —volvió a llamar Allun—. ¡Contéstame!

Pero ningún sonido rompió el silencio.

Rowan le miraba impotente, mientras Allun iba de una habitación a otra gritando y llamando a las puertas. Vio que la puerta de atrás estaba abierta y salió al exterior. El pulcro jardín posterior

se extendía ante él, oscuro y perfumado. Y allí...

—Allun —dijo con voz ahogada.

Sara estaba reclinada en una vieja silla de madera, y una taza colgaba boca abajo de su mano desmayada.

Allun se inclinó sobre ella. La tocó con sus manos temblorosas.

—Estaba aquí, tomando sopa, cuando vinisteis a buscarme antes. Debió de perder el conocimiento después de que me fuera. Desde entonces sigue aquí. A oscuras, con frío. El rocío ha empapado su ropa.

Se llevó las manos a la cara.

—¿Qué está pasando aquí? —gimió—. Por mi vida, Rowan, ¿qué está pasando? ¿Cómo han podido hacer esto los Viajeros? A Sara, que los quería. Anoche estaba riendo con el mismísimo Ogden. Ahora... —Tomó en brazos el cuerpo flácido de su madre y volvió con ella hacia la casa—. Ve a la cocina y tráeme pan y agua —gritó sin volverse—. Deprisa, Rowan. ¡Deprisa! Hemos de volver con Jonn y los demás cuanto antes, para partir en busca de los Viajeros. Antes de que también caigamos nosotros y no quede nadie en pie en todo Rin. El sol se está levantando. Y el enemigo...

Pero Rowan ya estaba corriendo hacia la cocina de la panadería. Metió unos bollos en una bolsa y llenó un odre con agua de la garrafa que había al lado de la puerta. Al cabo de un momento, estaba ya al lado de Allun. Vio que este cubría a su madre con una manta y se inclinaba sobre ella, mientras manoseaba algo que había detrás de su cuello.

—¡Vamos, Allun! —le urgió.

Allun se incorporó, hundió la mano en el bolsillo y asintió. Rowan observó asombrado la palidez de su rostro, los ojos hundidos.

—¡Allun! —gritó atemorizado—. Tú...

Allun asintió.

—Lo lamento —murmuró—. Siento una especie de... pesadez. En aumento. Yo...

Rowan le tiró del brazo.

—¡Vamos, deprisa! —dijo—. Ven a los jardines. No te quedes quieto. Puede que el movimiento disipe el sopor. ¡Vamos!

Sacó a Allun de la sala de estar, atravesaron la cocina y llegaron a la puerta principal. Después, le sacó a empujones a la calle y tomó su mano.

—¡Corre! —susurró—. ¡Corre, Allun!

Corrieron. Rowan oyó que Allun jadeaba junto a él. A su alrededor, vio a gente tendida en la calle sobre las duras piedras. Ahora que había más luz, Rowan pudo ver que había más.

Algunos estaban derrumbados en sillas, en medio de sus jardines, como en el caso de Sara. Otros yacían junto a los pozos, con cubos volcados al lado. Solla, la fabricante de caramelos, estaba tumbada sobre su ventana. Un grupo de niños que habían estado charlando alrededor de la hoguera de Ogden tan solo unas horas antes se hallaban tendidos bajo el Árbol de la Sabiduría, todavía con las ropas que habían llevado para escuchar los cuentos.

Rowan tiró de Allun mientras atravesaba la plaza. Tuvieron que pasar por encima de los

cuerpos caídos. Timon estaba de pie junto a la campana, con la mano asiendo todavía la cuerda, con los ojos abiertos pero sin ver nada. Rowan le llamó, pero el rostro del maestro siguió impasible.

Empezaron a correr en dirección a los jardines. Fue entonces cuando Rowan reparó en los pájaros.

Había pájaros de todas clases esparcidos bajo los árboles, al lado del sendero. Yacían inmóviles como pequeños bultos plumosos, entre las flores de las bayas de la Montaña y la hierba, como si hubieran caído de sus nidos y ramas en la noche. Tenían los ojos cerrados. Los picos entreabiertos. Sus patas eran como ramitas diminutas y tiesas.

A Rowan le dolía la garganta. Era como si todos los seres vivos de Rin hubieran sido capturados por el hechizo que se había apoderado del pueblo.

—¡Estrella! —susurró. Su estómago se revolvió cuando cayó en la cuenta de que la gran bestia debía de saber lo que se avecinaba. Por eso se había mostrado tan inquieta. Por eso se había llevado a los demás bukshah.

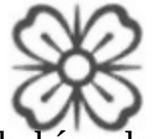
¡Y él la había obligado a regresar! Ojalá hubiera comprendido que no se habría alejado sin un buen motivo. Le había obedecido por fin, confiando en él, pero en su ceguera la había obligado a devolver el rebaño al peligro.

Siguió tirando de Allun entre sollozos. Llegaron al taller de Bronden. Rowan estuvo a punto de detenerse para pedir ayuda, pero entonces vio el robusto cuerpo de Bronden derrumbado contra la puerta principal. Tenía la frente arrugada, y sus fuertes brazos extendidos, como si hubiera luchado hasta el final contra el poder que nublaba su cerebro y cerraba sus ojos.

—Rowan —musitó Allun, al tiempo que tiraba de su mano—. No puedo...

—¡Sí que puedes! —gritó Rowan, embargado por el pánico—. Mira, Allun, la casa de Bree y Hanna está cerca. No nos detengamos. Hemos de encontrar a Jonn y a madre. Ellos nos ayudarán.

Atravesó la puerta que conducía a los jardines y arrastró a Allun hasta la casa situada detrás de los árboles. Y entonces supo que allí tampoco encontraría ayuda. Porque la puerta estaba abierta, y Jonn estaba tumbado boca abajo sobre la hierba al pie de la escalera, con Jiller a su lado. Estaban inmóviles, como muertos.



Rowan huyó de Rin con lágrimas en los ojos. Allun y él no habían podido entrar a Jonn y Jiller en la casa. Ninguno de ellos contaba con la fuerza suficiente. Por lo tanto, les habían dejado donde estaban postrados.

Rowan nunca se había visto sometido a una prueba tan difícil. Ninguno de los horrores que había afrontado podían compararse con dar la espalda a su madre, tendida indefensa sobre la hierba, y huir.

Corría dando tumbos, con el corazón tan frío y vacío como una parrilla en la que el fuego se hubiera apagado. Apenas distinguía la tierra bajo sus pies. Apenas sentía la brisa del amanecer en su rostro.

Se detuvo en lo alto de la colina y miró el valle. Apenas un día antes, había hecho lo mismo, pensó.

Después, había mirado aquel mosaico de campos, aquellos caminos y casas diminutos, y su corazón se había confortado. Pero eso había sido antes de encontrarse con Sheba bajo los árboles. Eso fue cuando el pueblo bullía de vida.

Vio sin sorprenderse que reinaba la calma en los campos de los bukshah. Vio los cuerpos de algunas crías tendidos sobre la hierba. Pero más adelante —reprimió una exclamación de alivio—. Junto al río, otras bestias se estaban moviendo. Y al frente de ellas iba Estrella.

Por la noche, debía de haber decidido trasladar el rebaño. Y lo había hecho. Ella, al menos, no había cometido la vieja equivocación. La equivocación de confiar en alguien que ignoraba la sabiduría que encerraba su temor.

—Rowan —murmuró Allun a su lado—. Rowan, hemos de continuar. Esto..., esta cosa..., tienes razón..., se hace más intensa cuando estoy quieto.

Rowan asintió y dio la espalda al pueblo. Cruzó por su mente la idea de que nunca volvería a verlo, y sacudió la cabeza. No iba a pensar en eso. Se puso a caminar.

Las margaritas que pisaba ya estaban empezando a hacer su trabajo. Se le estaban hinchando los ojos, y su nariz goteaba. «¡Basta!», dijo para sí. Buscó en el bolsillo la odiada medicina y tomó un sorbo. El sabor acre y repugnante quemó su lengua. El recuerdo de la risa quebrada de Sheba se coló en su mente.

Sin embargo, Sheba quizá no estaría riendo ahora. ¿Estaría también encorvada junto al fuego, como en trance, mientras el mal que tanto había temido se disponía a asomar la cara?

***El pasado y el presente se reunirán:  
el círculo del mal se cerrará...***

Rowan, con el corazón transido de pena, afrontó el único significado posible de aquellas palabras. En el pasado, en una tierra muy lejana, el pueblo de Rin había sido esclavo de los Zebak. Ahora, después de trescientos años de intentos, los Zebak estaban a punto de invadirlos de nuevo. Iban a devolverlos a la esclavitud. El círculo del mal se cerraría.

Y ocurriría pronto. Muy pronto. A menos que... Rowan hundió las uñas en las palmas de las manos. A menos que Allun y él encontraran a los Viajeros, les suplicaran que repararan el daño causado e impidieran que la rueda siguiera girando.

Avanzaron en silencio. Rowan ya sentía el cansancio en sus piernas: había estado levantado toda la noche. Pero su cerebro trabajaba febrilmente. Estaban siguiendo las rodadas de los carromatos de los Viajeros, pero la tribu había pasado por allí horas antes, y la hierba y las margaritas estaban recuperando la forma y cubriendo las huellas.

Pronto desaparecerían por completo. Y entonces, ¿qué harían Allun y él? Aunque pudieran seguir las huellas, ¿cómo podrían alcanzarlos, avanzando a esa velocidad?

Miró a Allun. El rostro enjuto del hombre se veía resuelto, y sus ojos estaban más despejados que antes.

—Te encuentras mejor, Allun —observó.

Allun asintió.

—El movimiento ayuda —dijo—. ¿Y tú?

—Nunca sentí el cansancio —contestó Rowan. La idea le había preocupado—. No puedo entenderlo. Atacó a toda la gente de Rin, incluidos Jonn y Bronden. Tú eres medio Viajero, de modo que es lógico que pudieras escapar. Pero ¿por qué yo?

Allun sacudió la cabeza.

—Le caíste bien a Ogden —dijo en tono desenfadado—. Tal vez decidió librarte del sueño y del mal que le siga, sea cual sea.

Rowan le miró horrorizado. Pese a todo, en el fondo, nunca había creído que los Viajeros hubieran adormecido Rin con malos propósitos. Se había aferrado a la esperanza, comprendió, de que solo habían hechizado al pueblo para darle una lección. Una lección un tanto desmesurada, quizá, pero que podía ser impartida, comprendida y reparada, al fin y al cabo.

Las palabras de Allun, sin embargo, le habían embargado de miedo. Se mordió el labio para reprimir las lágrimas y continuó andando.

Entonces, Allun se detuvo, miró hacia atrás y hundió la mano en el bolsillo.

—Creo que ahora ya estamos lo bastante lejos —dijo—. Bien, Rowan. Vamos a ver.

Extendió la mano. En su palma había una cinta de seda trenzada desteñida, larga y delgada. El collar de bodas de Sara. Rowan lo había visto mil veces alrededor de su cuello. Pero nunca había reparado en el pequeño objeto que colgaba de ella. Supuso que siempre había estado oculto bajo la ropa de Sara.

Vio con asombro que Allun lo levantaba, se lo llevaba a los labios y soplaba.

Ningún sonido llegó a los oídos de Rowan, pero supo al instante lo que estaba sucediendo. El objeto era una flauta de caña. Allun estaba emitiendo señales. Estaba llamando a los Viajeros.

—No sabía que Sara tuviera una flauta de caña —susurró.

Allun apartó la flauta de los labios.

—Ha sido un secreto hasta ahora. Se la dieron a madre cuando se separó de los Viajeros, hace mucho tiempo. Le dijeron que solo debía llamar en caso de apuro, y que ellos acudirían. A cualquier parte. En cualquier momento. Pero nunca se ha utilizado, hasta hoy.

—¿Y vendrán? —preguntó Rowan—. ¿Aunque...?

Allun sabía en qué estaba pensando: ¿Aunque el apuro de Sara hubiera sido causado por los propios Viajeros?

—Fue una promesa solemne —dijo con seriedad Allun—. Y si no la cumplen...

Rowan oteó el horizonte y se volvió para mirar poco a poco en todas direcciones. Hacia el este y el norte, el cielo azul claro de la mañana brillaba débilmente sobre las colinas cubiertas de flores doradas. Detrás de ellos, hacia el oeste, se elevaba la gran Montaña, coronada de blanco. Al lado, un poco al sur, brotaban las rocas melladas y cavernas de...

Lanzó una exclamación y señaló hacia un lugar determinado. Tres puntos de color descendían y oscilaban, recortados en la distancia pardogrisácea. Se acercaban.

—¡Los Heraldos! —susurró Allun. Rowan vio que cerraba los ojos un momento, como dando las gracias—. Me han oído. Ya vienen.

‡ ‡ ‡

Los Heraldos aminoraron la velocidad, rozaron la hierba y se posaron en tierra.

—Saludos, Allun, hijo de Forley de los Viajeros —dijo Zeel—. Saludos, Rowan de los bukshah.

Caminó hacia delante, mientras doblaba la cometa a la espalda con una mano. Los dos muchachos se quedaron inmóviles. Vigilantes.

—Saludos —dijo Allun al cabo de un momento—. Os damos las gracias por acudir a nuestra llamada.

—¿Dónde está Sara? ¿Por qué nos has llamado? —preguntó Zeel.

—Sara está enferma. Debo hablar con Ogden —contestó Allun.

La Heraldo sacudió la cabeza.

—Ogden está con la tribu —dijo con frialdad—. No puede venir.

Allun avanzó un paso.

—Debo hablar con él, Zeel —insistió—. Reclamo mi derecho a ser escuchado. Por mi sangre de Viajero. Por el nombre de mi padre. Y por la antigua alianza. —Se agachó y recogió una hoja de margarita, que extendió hacia la muchacha.

Zeel le miró con suspicacia. Después, tomó la pequeña hoja de tres lóbulos de su mano, se llevó la flauta a los labios y sopló. Esperó. Un momento después, frunció el ceño y agitó sus rizos enredados. Había enviado un mensaje, y recibido otro, pensó Rowan maravillado. Y él no había oído nada. Nada en absoluto.

—Ogden concederá una reunión —dijo la chica de mala gana—. Pero no puede venir. ¿Irás tú a verle?

—¿Cuánto tardaremos? —intervino Rowan.

—No mucho —dijo Zeel. Sus ojos eran claros y fríos—. Volaréis con los Heraldos. Los Viajeros convocarán al viento.

Dio media vuelta y regresó hacia donde esperaban sus amigos, que ya desplegaban las cometas.

Rowan y Allun la siguieron con la mirada. Ella se volvió.

—¡Venid! —ordenó—. El viento ya está cambiando. Es hora de irse. Ogden os espera.

Hizo una pausa, y una sombra pasó sobre su delicado rostro bronceado. Una sombra de miedo.

—Os espera —dijo—. Junto al Abismo de Unrin.



El viento pasaba rozando las orejas de Rowan y tironeaba de su pelo. El fuerte cinturón de cuero que le ceñía a Zeel y a la cometa se le clavaba en las costillas. La tierra se desplazaba en dirección contraria bajo sus pies. Muy deprisa. Al cabo de escasos momentos, ya se hallaban muy lejos de la ladera de la colina donde se habían encontrado con los Heraldos. En cuestión de minutos, la distancia pardogrisácea se precipitó a su encuentro.

De modo que esto era volar, como un pájaro en el viento. Rowan no acababa de asimilarlo. Cien pensamientos diferentes le aturdían. Su madre. Annad. Sheba. Los Zebak. Los Viajeros. Ogden. Secretos. El Valle de Oro. El Abismo de Unrin...

Su cabeza daba vueltas mientras la cometa seguía volando. El Abismo de Unrin no era una leyenda. No era un simple cuento. Era un lugar auténtico. Ogden había conducido a los Viajeros hacia él. ¿Por qué? A menos que la idea de Timon fuera cierta. Los Zebak habían prometido a los Viajeros paso libre a través del lugar maldito, con el fin de entrar en el Valle de Oro.

¿Estarían acampados los Zebak ahora con sus nuevos amigos? ¿Exhibirían sus rostros salvajes, como Rowan había visto tan a menudo en los libros, sus sonrisas de falsedad, mientras susurraban mentiras en los oídos de Ogden?

¿Estarían Allun y él volando con el viento en dirección a un terrible peligro? ¿Morirían, y la última esperanza de Rin desaparecería con ellos?

El Abismo de Unrin. Una leyenda de oscuridad, para compensar la leyenda de luz que era el Valle de Oro. Al menos, eso había pensado siempre Rowan.

Había oído hablar de él, por supuesto, en los cuentos de Ogden. Incluso en ese momento podía oír la voz queda de Ogden, susurrando mientras el fuego crepitaba y los niños escuchaban:

«... Y custodiando el Valle de Oro, el espantoso Abismo de Unrin. Es un lugar maldito y oscuro, un lugar de muerte. Un lugar que hay que temer. Un lugar aterrador. Confiad, niños, en no verlo jamás, jamás».

La primera vez que Rowan había oído hablar del Abismo de Unrin, se había despertado en plena noche, chillando a causa de las pesadillas. Eso fue cuando era pequeño y su padre vivía. Su padre había entrado en la habitación, y consigo había traído el aroma a jabón, toallas limpias y fuego acogedor. Había abrazado a Rowan, escuchado sus balbuceos aterrorizados, ahuecado su almohada, y al final le había vuelto a acostar.

—No tengas miedo, pequeño Rowan —había dicho con ternura—. El Abismo de Unrin no existe. No es más que una leyenda.

—Pero ¿y si fuera cierto? —recordó Rowan con lágrimas en los ojos—. ¿Qué pasaría? ¿Y si un día he de ir allí?

Su padre había sonreído.

—Nunca tendrás que ir allí, Rowan —había dicho—. Te lo prometo.

Había pensado que su padre le decía la verdad. ¿Y por qué no? La laboriosa gente de Rin nunca perdía el tiempo viajando a las tierras yermas que se extendían más allá de la Montaña. Cuando viajaban, lo hacían en dirección este, hacia la costa, para comerciar. El oeste era un misterio para ellos. Un misterio sobre el cual se interrogaban pocas veces, y que jamás intentaban dilucidar.

«No podías saber que al final acabaría aquí, padre —pensó Rowan, mirando con temor el suelo cuando la cometa empezó a descender—. Nadie habría podido saberlo. Pues, incluso sin la visión aterradora del Abismo de Unrin, ¿quién osaría viajar a este lugar desolado?».

La tierra árida, mitigada tan solo por algunos matorrales, un brote de margaritas silvestres y matas de hierba puntiaguda, se elevó hacia sus pies.

Vio las tiendas de los Viajeros más adelante, a la sombra de la Montaña, y a la gente congregada, que miraba en silencio. Vio la figura de Ogden erguida en solitario cerca de un empinado montículo de rocas de apariencia cruel.

¿También estarían allí los Zebak? Rowan escrutó el terreno desesperado, en busca de alguna señal. No. No había figuras con cascos, ni armas, ni grandes máquinas de guerra. ¿Se habrían ocultado los Zebak en las cercanías? ¿O tal vez estarían marchando en este mismo momento sobre Rin, mientras los Viajeros esperaban aquí para recibir el premio a su traición?

No había espacio en su mente para el miedo cuando sus pies tocaron el suelo, con un impacto que hizo castañetear sus dientes y envió oleadas de dolor a sus piernas. De pronto, se sintió entumecido.

¿Qué le estaba esperando en este terrible lugar?

Permaneció inmóvil mientras Zeel desabrochaba el cinturón que le había sujetado a la cometa. Tomó conciencia de que estaba temblando de los pies a la cabeza. Sintió la mano de Allun sobre su hombro, y sus rodillas casi cedieron.

—Allun... —dijo con voz ahogada.

—Espera —dijo Allun, pálido.

Zeel se alejó en dirección a Ogden. Le dio algo: la hoja de margarita que Allun le había entregado.

Ogden tomó la hoja y levantó la cabeza para mirar a Allun. Después, caminó hacia ellos con parsimonia.

—Saludos, Allun, hijo de Forley de los Viajeros —dijo—. ¿Qué deseas de mí?

—No malgastaré palabras, Ogden —replicó Allun—. El tiempo apremia.

Ogden enarcó las cejas. Sus ojos oscuros eran impenetrables.

—Explícate —ordenó.

Allun señaló la hoja de tres lóbulos que sostenía Ogden.

—Nuestros pueblos han sido aliados durante trescientos años —dijo—. Durante trescientos años nuestras fortunas han estado vinculadas, de modo que somos distintos, aunque uno solo. —Ogden no dijo nada. Dio vueltas entre sus delgados dedos pardos al tallo de la margarita. Allun respiró hondo—. En nombre de nuestra antigua amistad, Ogden de los Viajeros, te pido que liberes

a la gente de Rin de la maldición que le has impuesto —añadió—. Si ha sido por nuestra culpa, te pedimos que nos perdones. Haremos lo que podamos...

—¡Espera! —ordenó Ogden en voz alta, al tiempo que levantaba la mano. Sus ojos relampaguearon. Zeel y los demás Heraldos corrieron a su lado.

Allun había retrocedido y guardaba silencio. Rowan se acercó más a él y le cogió del brazo. Su corazón se había acelerado. Nunca había visto aquella expresión en el rostro de Ogden, el misterioso y sonriente narrador de historias. Hosco, ceñudo y muy irritado.

—¿Por qué me hablas de maldiciones? —preguntó Ogden—. ¿Qué mentiras intentas decirme? ¿Qué planes estás tramando? ¿Quién te ha dado la orden?

Allun le miró sobresaltado. Intentó hablar, pero no pudo.

***Los mismos errores,  
el mismo orgullo de siempre,  
la armadura inestimable descartada...***

—¡No estamos diciendo mentiras! —bramó Rowan. Sabía que no le correspondía hablar, pero no podía soportar estar callado por culpa del miedo y la ira. Los ojos negros de Ogden se volvieron hacia él. Rowan se obligó a continuar—. Todo el mundo está enfermo en Rin... debido a lo que hicisteis —tartamudeó—. Allun y yo nos marchamos... para encontraros. Para pedirnos que lo detengáis. —Las lágrimas se agolpaban en sus ojos. Luchó por reprimirlas, pero se derramaron y empezaron a resbalar sobre sus mejillas—. Los bukshah sabían que estaban en peligro —sollozó—. Oyeron vuestras flautas. Debieron de comprender lo que estabais planeando. Estrella intentó decírmelo, pero yo no la quise escuchar. Se llevó al rebaño, lejos del pueblo, siguiendo el río. Los puso a salvo, a excepción de unas pocas crías. Pero la gente... mi madre, mi hermana... Están dormidos, indefensos... Y cuando vengan los Zebak...

La cara de Ogden había cambiado. Mezclada con la furia, traslucía perplejidad. Miró a los tres Heraldos que había a su lado.

Los dos chicos parecían inseguros, pero Zeel frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Es un truco —dijo—. No escuches al muchacho. Le están utilizando porque saben que te cayó bien cuando le conociste anoche. Del mismo modo que están manipulando al otro, porque tiene una flauta de caña y es medio Viajero.

Su voz se elevó.

—¿Por qué solo han escapado estos dos de la supuesta enfermedad? ¿Por qué, salvo porque no existe tal enfermedad y los han elegido para seguirnos el rastro?

—¡Eso no es verdad! —exclamó Rowan, al tiempo que paseaba la mirada extraviada entre Allun y Ogden. ¿Qué estaba pasando? Los Viajeros parecían convencidos de que los traidores eran los habitantes de Rin.

Ogden no dijo nada.

—Fue un grave error contestar a la llamada —gritó Zeel con vehemencia—. No cabe duda de

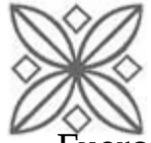
que el enemigo localizó nuestras cometas. Estás permitiendo que estos espías retrasen nuestra huida. Justo lo que ellos esperaban. Estamos desperdiciando unos minutos preciosos. ¡Vamos! Al Abismo de Unrin y al Valle de Oro, como habíamos planeado. ¡Es nuestra única oportunidad!

Rowan sintió que se le revolvía el estómago. Miró con detenimiento a Zeel, la hija adoptada de Ogden el Viajero. Examinó sus cejas negras y rectas, sus ojos claros. Examinó su estatura, su espalda ancha. Ahora que estaba furiosa, era como si una máscara se hubiera desprendido de su rostro.

Elimina las plumas, las flores, el pelo largo, los pies descalzos, la alegre seda holgada. Ponle ropa ceñida gris acero, botas resistentes, una franja negra desde el pelo a la nariz, y Zeel sería la viva imagen de los libros. Una imagen de una Zebak.

La señaló con el dedo.

—¡Eres tú! —gritó con voz ahogada—. ¡Tú eres el enemigo! ¡Tú eres la espía! Has instilado veneno en los Viajeros y nos has traicionado a todos. ¡Tú nos has hecho esto! ¡Tú!



Se precipitó hacia Zeel, al tiempo que vislumbraba su rostro sobresaltado. La golpeó con los puños. La muchacha no se resistió, ni hizo nada para defenderse.

Fueron las manos de Ogden las que se apoderaron de él y le redujeron. Fue la voz de Ogden la que le ordenó quedarse quieto.

Se rebeló contra la presa que le inmovilizaba, jadeante a causa de la ira que le gobernaba. Percibía un rugido en sus oídos, y al principio apenas fue capaz de escuchar las palabras de Ogden.

—Te equivocas, Rowan —gritaba Ogden—. ¡Escúchame! ¡Escucha!

Rowan se serenó por fin. La rabia murió poco a poco en su interior. Dejó de revolverse y se quedó tembloroso entre las manos de Ogden.

—Eso está mejor —dijo Ogden. Miró a Allun, y por primera vez la expresión de su cara fue franca—. Este hijo de Rin es más fiero de lo que parece —dijo, y sonrió apenas—. Ahora comprendo por qué conquistó la Montaña.

—Tiene derecho a ser fiero —murmuró Allun, sin devolver la sonrisa—. He estado ciego. La Heraldo Zeel es una Zebak. Y tú debías de saberlo.

—No hay nada de mi tribu que yo no sepa —dijo Ogden en voz baja—. Zeel era una niña abandonada, que el mar arrastró hasta la costa. Nos la llevamos con nosotros. Nació entre los Zebak, de eso no cabe duda. Lo supimos desde los primeros días, aunque no se lo dijimos a nadie más. Temíamos que reaccionaran como acaba de hacer nuestro joven amigo Rowan.

Apretó los hombros de Rowan. Su voz era apesadumbrada.

Rowan miró a Zeel. Ella le devolvió la mirada con orgullo, pero leyó en sus ojos que estaba ofendida. Se esforzó por seguir manifestando suspicacia e irritación. Pero no pudo.

—Zeel nació Zebak, pero fue educada como una Viajera desde su más tierna infancia —continuó Ogden—. Es una de los nuestros. Moriría por nosotros. Si tenemos un enemigo, no es Zeel. No te quepa la menor duda. Zeel no me ha dicho nada que no creyera a pies juntillas. Y no ha dicho nada que yo no temiera. —Apretó los labios—. No os quepa la menor duda, gente de Rin. Los Viajeros no han hecho nada que perjudicara a vuestros amigos.

—Entonces, ¿por qué vinisteis de una forma tan inesperada y os fuisteis a toda prisa, sin previo aviso? —preguntó Allun.

—Vinimos porque presentimos que algo iba mal —dijo Ogden—. Presentimos un peligro. Vinimos a veros como amigos, para ver si el problema residía en vosotros. Y cuando llegamos, presentimos resentimiento. Presentimos ira y secretos bajo los rostros sonrientes. Nos prohibisteis entrar en el pueblo y ordenasteis que no abandonáramos las colinas.

—¡Pero solo a causa de las bayas de la Montaña! —exclamó Rowan.

Ogden hizo una pausa.

—¿La nueva fruta? —preguntó—. Pero ¿por qué cerró los corazones de vuestro pueblo a nosotros? —Frunció el ceño—. Rowan de los bukshah, temo que te has equivocado. Tiene que haber algo que desconoces. Algo mucho más...

Allun sacudía la cabeza.

—No, Ogden —suspiró—. No hay nada más. La gente de Rin (cuesta entenderlo, lo sé) solo deseaba conservar en secreto la fruta, con el propósito de recoger una gran cosecha que sería de su exclusiva propiedad, con el fin de venderla en la costa el año que viene.

Ogden le miró, atónito.

—Pero si no era ningún secreto, Allun —dijo—. Nos enteramos de la nueva cosecha cuando estábamos a un día de distancia de Rin. Percibimos su olor. Vimos las manchas de la fruta en los pájaros. ¿Solo por las ganancias querían conservar en secreto el origen de un alimento? ¿Estás seguro de que...?

—Muy seguro —afirmó Allun—. Si presentiste secretos y suspicacias en la gente de Rin, esa era la causa, Ogden. No existe ninguna más.

Ogden echó un vistazo a los tres Heraldos, que parecían estar todavía más sorprendidos e incrédulos que él.

—Es increíble —murmuró—. Nunca entenderé al pueblo de tu madre, Allun. Ni en toda mi vida. —Extendió las manos—. Pensábamos que habíais firmado una alianza con los Zebak contra nosotros. Decidimos continuar adelante, escapar antes de que llegaran. Se me ocurrió que debíamos desplazarnos hasta aquí. Este lugar me llamaba. Y cuando la tierra llama, yo escucho. —Paseó la vista por la tierra seca y rocosa—. Desconocía el motivo, pero desde hace un tiempo no dejo de pensar en el Valle de Oro. Lo veo en mi mente una y otra vez. Pensé que tal vez me sentía atraído hacia aquí porque había llegado el momento de que los Viajeros se encontraran de nuevo con sus antiguos amigos. Entonces, podríamos aliarnos para luchar contra el enemigo, porque vosotros nos habéis abandonado.

—¿Crees que vais a encontrar al pueblo del Valle de Oro? —susurró Rowan—. Pero ¿existe de verdad el Valle de Oro? Yo pensaba...

Ogden sonrió.

—¿Que era una leyenda? ¡Tú entre todos, Rowan de los bukshah! A estas alturas, ya sabrás que todas las leyendas son hilos de oro tejidos alrededor de una joya de verdad. Por lo demás, el Abismo de Unrin es muy real.

Su rostro se ensombreció y miró hacia atrás.

Rowan siguió su mirada, pero solo vio la pila de rocas dentadas que había visto antes, y mucho más allá, la cara dorada de un precipicio que se alzaba hacia el cielo.

—El Abismo de Unrin se halla al otro lado de la colina de piedra —dijo Ogden—. Nuestros relatos aseguran que custodia el Valle de Oro. Nosotros lo creemos. Siempre lo hemos creído. Los Heraldos han sobrevolado el Abismo muchas veces. Pero desde el aire no se ve nada. Por consiguiente, hemos de entrar en el lugar del mal, con el fin de descubrir el camino secreto que conduce a nuestro objetivo.

—Pero el Abismo de Unrin está prohibido —estalló Allun—. Los Viajeros no pueden ir allí. Lo dicta su ley.

Ogden asintió con semblante sombrío.

—Los que han nacido Viajeros no pueden ir. Pero... —miró a Zeel—, los Zebak pueden hacer lo que les plazca. Se me ha ocurrido que tal vez nos cedieron a Zeel por eso. Tal vez era su intención que ella, y nosotros, llegáramos por fin a este momento.

Zeel alzó la barbilla con orgullo.

Rowan se esforzó por poner en palabras sus pensamientos.

—Pero ¿significa todo esto que vosotros, los Viajeros, no lanzasteis un conjuro sobre el pueblo?

—¡Pues claro que no! —replicó Zeel, con el aspecto de una verdadera Zebak debido a su irritación—. ¡Ogden te lo acaba de decir!

Rowan sintió que se ruborizaba, pero continuó no sin esfuerzo.

—Entonces, ¿cómo ha sucedido? —suplicó—. ¿Por qué?

Ogden se pasó su delgada mano sobre la boca.

—No lo entiendo —dijo. Después, sus ojos se entornaron—. Has hablado de un poema —prosiguió—. ¿Cuál es ese poema?

—Nuestra Mujer Sabia, Sheba, se lo recitó a Rowan el día que llegasteis a Rin —explicó Allun—. Es uno de los motivos de que yo... nosotros creyéramos que nos habíais traicionado... Encajaba.

Ogden frunció el ceño.

—¿De veras? Bien, tal vez sería mejor que me lo recitarais, ya que ha provocado tantos estragos.

Rowan sintió que se ruborizaba de nuevo, pero obedeció y recitó los versos que había llegado a temer:

***Bajo dulces apariencias, el mal abrasa,  
y la vieja rueda poco a poco gira.***

***Los mismos errores***

***el mismo orgullo de siempre***

***la armadura inestimable descartada.***

***El enemigo secreto está aquí.***

***Se oculta en la oscuridad***

***¡id con cuidado, idiotas!***

***Pues día a día su poder aumenta***

***y cuando por fin muestre su rostro***

***el pasado y el presente se reunirán:***

***el círculo del mal se cerrará...***

La voz de Rowan enmudeció. Ogden guardó silencio un momento. Después, se volvió hacia Allun.

—Ya entiendo qué os llevó a engaño —dijo. Hizo una pausa—. Es un acertijo —continuó—. Del cual solo extraigo una conclusión, la respuesta a este problema reside en el pasado.

—Eso pensaba mi madre —interrumpió Rowan—. Lann dijo que el verso hablaba de cuando éramos esclavos de los Zebak, y nos advertía de que sucedería de nuevo si olvidábamos las viejas lecciones.

Ogden asintió.

—Podría ser eso —dijo—, pero creo que no. Nuestros dos pueblos temen a los Zebak. Pero tal vez debamos temer a otro enemigo.

—Pero ¿cuál podría ser? —gritó Rowan—. No hemos conocido otro enemigo desde que llegamos a Rin.

Ogden le miró con aire pensativo.

—Sí, eso es cierto —dijo—, pero ¿y si existieran enemigos secretos en este lugar, antes y después de que llegarais, pero que nunca hubieran revelado su presencia, ni a vosotros ni a nosotros, hasta ahora? Viejos enemigos de la tierra y de su pueblo. Enemigos capaces de esperar mil años, dos mil, diez mil, la oportunidad de atacar de nuevo. ¿Qué me decís?

Inclinó la cabeza y cerró los ojos. Esperaron. Rowan contuvo el aliento. El rostro de Zeel estaba tan inmóvil que parecía una máscara.

Por fin, Ogden levantó la vista.

—He meditado —anunció—. Seguí mi corazón hasta este lugar, donde dicen que lucharon los Gigantes de Inspray y se perdió un valle maravilloso. Me llamaron aquí, y la sensación todavía perdura con fuerza. No puedo negarlo. Sé que aquí está la respuesta que buscamos.

Se volvió hacia Zeel.

—Preparada, Herald —dijo con semblante grave—. Al fin y al cabo, vas a cumplir tu deseo. Irás a buscar el Valle de Oro. ¿Aún lo deseas?

Ella asintió, pálida.

—El Abismo de Unrin lo custodia —continuó Ogden—. Y el Abismo de Unrin es un lugar maldito. ¿Aún lo deseas?

—Sí —dijo la joven en voz baja.

Ogden contempló la hoja de margarita y le dio vueltas en la mano.

—Naciste Zebak, y eres valiente hasta la médula, mi hija adoptiva Zeel —dijo—. Eres una Herald de los Viajeros, nacida para afrontar lo desconocido y proteger y guiar a la tribu. Pero... —Miró a los dos Heraldos masculinos, inmóviles a su lado—. Pero en este viaje, Tor y Mithren, tus compañeros habituales, no podrán ir contigo.

—Entiendo —dijo Zeel.

—Aun así, me niego a que te enfrentes sola al mal. Por lo tanto, he decidido que te acompañe otra persona. Una que te ayude a demostrar que la antigua amistad entre nuestros dos pueblos permanece incólume. Una que también sigue a su corazón y que ha demostrado ser capaz de afrontar el miedo y el peligro.

Se volvió y extendió la hoja hacia Rowan.



Subieron la colina sin hablar. Cuando llegaron a la cumbre, Zeel abrazó a Tor, Mithren y Ogden.

—Volveré a veros —dijo a cada uno de ellos, que repitieron las palabras, mirándola a los ojos. Allun asió las manos de Rowan.

—Cuídate —dijo. Después, le abrazó—. Cuídate —repitió.

—Marchaos ya —dijo Ogden sin alzar la voz—. Prestad oídos a vuestros corazones. Ellos os guiarán. Esperaremos vuestro aviso de que todo ha ido bien.

Rowan y Zeel dieron media vuelta, y empezaron a descender hacia el fondo del valle.

Rowan bajó la vista y la cabeza empezó a darle vueltas. No porque el risco fuera muy empinado ni el camino demasiado arduo. Detrás de la colina de rocas, la inclinación del terreno era suave, y matas de hierba y margaritas silvestres ablandaban el terreno.

El mareo estaba causado por el miedo. Un miedo terrible. Porque al pie de la colina se agazapaba un lugar cuya maldad habría intuido sin saber siquiera el nombre. Tan solo verlo, le heló el corazón.

Solo veía una masa de árboles achaparrados. Pero no eran bonitos, sino más bien espantosos. Troncos gruesos y negros brotaban del suelo grisáceo en masas retorcidas. Hojas de un púrpura apagado se aferraban a los extremos de las ramas.

En algunos puntos dispersos, charcos de niebla amarillenta reptaban y se aferraban alrededor de las raíces. Y percibía un hedor nauseabundo, algo que jamás había olido en su vida. Invadía su nariz y se pegaba a su ropa, y le provocaba náuseas de asco y terror.

Miró a Zeel, que bajaba la colina con aire decidido, a su lado. Sus pies, calzados ahora con zapatos blandos, no resbalaban en el suelo sembrado de guijarros como los suyos. La hierba y las margaritas parecían darle la bienvenida y amortiguar cada uno de sus pasos.

Ella no le hablaba. No sonreía. No había deseado su compañía. Había deseado partir sola a esta gran aventura.

Allun tampoco había querido que Rowan fuera con ellos.

—Rowan solo es un muchacho, Ogden —había protestado—. Yo sería el más indicado. También soy ciudadano de Rin. Si acompaño a Zeel en lugar de Rowan, eso te demostrará que la amistad entre nuestros pueblos es tan firme como siempre.

Pero Ogden había negado con la cabeza.

—Rowan de los bukshah tiene casi la misma edad que Zeel, Allun —dijo—. Rowan fue el único de vosotros que conquistó la Montaña. Tengo una gran confianza en él, y en su amor por la tierra. Creo que he elegido bien. Quiero que él acompañe a Zeel.

Rowan resbaló en la tierra suelta y trató de no caer, sabiendo que Ogden y Allun, además de los dos Heraldos, Tor y Mithren, le estaban mirando.

Sintió que respiraba más deprisa cuando los árboles torcidos de Unrin fueron aumentando de tamaño, y el fétido olor del lugar salió a su encuentro. Bajó patinando los últimos metros hasta el fondo de la pendiente, y deseó con todo su corazón que Zeel le hablara. Que dijera algo. Solo para ahuyentar el miedo de su mente.

Como si hubiera oído sus pensamientos, la joven se volvió hacia él.

—¿Tienes miedo? —preguntó con frialdad.

Quiso mentir, pero desechó la idea. No cabía duda de que ella era consciente de lo aterrorizado que estaba.

—Sí —contestó—. ¿Y tú? —tanteó.

La joven le miró con orgullo.

—Recuerda que soy una Zebak —dijo—. Los Zebak nunca admiten su temor. —De pronto sonrió, y por un momento le recordó a Allun—. Pero también soy una Viajera —rio—. Y como Viajera, digo, ¡sí, sí, sí! Me muero de miedo. —Hizo una pausa—. Los Viajeros creen que no vale la pena mentir cuando es absurdo —añadió.

Rowan sintió que una oleada de agradecimiento le invadía. Al menos, no estaba solo. Sonrió a Zeel, sin hacer caso de los latidos de su corazón.

Empezaron a recorrer el breve tramo de tierra llana que separaba la pendiente rocosa de los árboles. Las alegres margaritas amarillas del camino parecían burlarse de ellos. Pisoteadas, se apresuraban a volverse hacia el sol en cuanto Rowan y Zeel pasaban. No parecían sentirse tristes y atemorizadas por el Abismo de Unrin. Crecían tan despreocupadas como siempre hasta la misma linde del bosque.

Pero no llegaban más allá, como Rowan pudo comprobar. En cuanto empezaban los árboles, ya no había más matojos de hierba ni margaritas. Era como si hasta la mínima expresión de vida desapareciera donde Unrin empezaba.

Todo era fealdad, silencio. Silencio absoluto. Las mariposas no revoloteaban entre los árboles achaparrados y retorcidos. Los pájaros no se removían en sus ramas, en busca de semillas y diminutos ciempiés. Los lagartos no se deslizaban entre las raíces a la caza de insectos. Las ranas no graznaban entre aquella niebla amarilla ponzoñosa.

—Todo está... muerto —susurró Zeel, señalando la tierra gris—. Los árboles no, pero todo lo demás sí. ¡Y el olor!

Arrugó la nariz.

—Zeel... —Rowan vaciló—. Zeel, ¿sabemos a qué peligros nos vamos a enfrentar?

Ella negó con la cabeza.

—Nuestras historias no nos lo cuentan. —Se mordió el labio—. Solo nos dicen que es un lugar donde habitan monstruos. Ningún ser vivo ha entrado en Unrin y regresado para contarlo. Está prohibido.

«Está prohibido».

—Eso decían de la Montaña —dijo Rowan—, pero siete la escalamos, y siete regresamos.

Zeel irguió la espalda.

—Puede que lo mismo pase con Unrin —dijo, y forzó una sonrisa—. ¿Por qué no? ¿Quién sabe, en esos relatos, dónde acaba la verdad y empieza la ficción? Tal vez a los habitantes del Valle de Oro les haya convenido que los forasteros consideren Unrin un lugar mortífero.

Cabeceó con brusquedad, como para dotar de veracidad a sus palabras.

—¡Vamos! —dijo—. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Se volvieron y saludaron a las figuras que los observaban desde arriba. Y después, se inclinaron y avanzaron hacia delante, Zeel primero, luego Rowan, hacia el laberinto tortuoso que era Unrin.

Rowan, que andaba despacio, con los ojos moviéndose de un lado a otro, el pelo erizado en la nuca, se tapaba la nariz con la mano para protegerse del detestable olor. Nubecillas de polvo gris se elevaban bajo sus pies. Pero debajo del polvo, la tierra era dura como la piedra.

Al cabo de unos segundos, ya no podían ver la pendiente por la que bajaban. Ya no veían el cielo. Los troncos y las ramas retorcidas se cerraban a su espalda y por encima de ellos, encerrándolos en un mundo oscuro y maloliente, de un silencio negrogrisáceo.

—¿No deberíamos hacer marcas en los árboles? —preguntó Rowan, nervioso—. Para cuando tengamos que volver.

—Seguiremos las huellas que hemos dejado en el polvo —murmuró Zeel—. Cállate. Presta oídos a tu corazón. Confía en él.

La tensión se notaba en su voz.

Siguieron andando. Cinco minutos. Diez. No pasó nada. Pero Rowan no se relajaba. Era muy consciente de que casi no se atrevía a respirar. Y en su mente se formaban imágenes. Cada vez más brillantes. Cada vez más potentes.

—Está cerca. —Los ojos claros de Zeel centellearon. Aceleró el paso—. El Valle de Oro. Lo presiento.

—Yo también —dijo Rowan.

«La fuente de plata, fría y dulce bajo la tierra... Gente hermosa, alta y fuerte, sabia y buena... Flores y frutos de todas clases, esparcidos sobre los senderos de joyas centelleantes que serpentean entre los jardines... Caballitos blancos, con sillas de seda... Casas pintadas con dibujos hermosos, cada uno diferente... Delante de cada casa, un pájaro dorado: un búho de ojos esmeralda...».

Un lugar legendario donde moraba el bien. Custodiado por un lugar malvado.

Voces del pasado le hablaban entre susurros, ocultaban las imágenes brillantes, lanzaban dardos de miedo.

«... un lugar de maldad y oscuridad... un lugar de muerte... un lugar al que hay que temer. Un lugar de terror...».

«—No temas, pequeño Rowan...

»—Pero ¿y si es verdad? ¿Y si un día tengo que ir allí?

»—Nunca tendrás que ir allí, Rowan. Te lo prometo».

Algo los estaba vigilando. Rowan lo intuía. Algo sabía que estaban allí. Algo estaba esperando.

Esperando...

Todo su cuerpo se estremeció debido a la certeza, mientras sus ojos escudriñaban con desesperación las sombras oscuras arracimadas entre los árboles, las ramas retorcidas sobre su cabeza, la niebla remolineante que se levantaba del suelo. No había nada. Nada.

Pero él lo sabía.

—¡Zeel! —susurró a la figura que andaba a toda velocidad delante de él—. Zeel...

Y entonces, el suelo cambió bajo sus pies. El polvo se elevó. Y gritó cuando algo agarró sus tobillos, se enredó a su alrededor, tiró de sus pies.

Cayó pesadamente, al tiempo que oía los chillidos de Zeel. Miró con horror incrédulo la horripilante cosa blancogrisácea que había surgido de la tierra como un gran gusano ciego y que lo estaba inmovilizando con terrible fuerza, entre los pliegues de su cola.

—¡Serpiente! —gritó Zeel, y se abalanzó sobre la criatura, la apuñaló con su cuchillo, la arañó con los dedos.

Anillas como hierro aferraban las piernas, el estómago y el pecho de Rowan. Notó que las fuerzas le abandonaban cuando le arrebataron el aire de los pulmones. Le estaban triturando. Le estaban arrastrando hacia la base hinchada y retorcida de un árbol, donde más gusanos blancogrisáceos estaban surgiendo de la tierra reseca, y le buscaban como los tentáculos de algún monstruo marino de los cuentos de Ogden.

Una neblina roja de horror pasó ante sus ojos cuando comprendió la verdad. Los monstruos de Unrin no se escondían en los árboles. Los monstruos eran los propios árboles. Árboles que se alimentaban de seres vivos. Eran las raíces de un árbol lo que le estaba arrastrando. Y daba la impresión de que el árbol temblaba, inclinado sobre él. Ansioso. Hambriento.

Intentó lanzar un grito de terror, pero no salió ningún sonido de su boca. Sintió que Zeel tiraba de él, intentando liberarle. Y entonces creyó oír un sonido. Una especie de crujido. El sonido de algo que había esperado mucho tiempo y que por fin iba a alimentarse.

Su cabeza estaba apretada ahora contra la base del árbol, aplastada contra la masa polvorienta de huesos diminutos y los cuerpos, encogidos y secos, de pájaros, lagartos y otros animales de los que el árbol se había alimentado mientras esperaba un manjar mejor. Vio un tentáculo blancogrisáceo que se alzaba a su lado, y sintió algo espantosamente suave y maloliente que resbalaba sobre su cara y su boca.

Embargado por el horror, sin saber apenas lo que hacía, mordió la raíz con todas sus fuerzas. Se estremeció y mordió con más ahínco.

La raíz se debatió y luchó, apartándose de él. Surgió un rugido profundo desde dentro del árbol. ¿Era dolor? ¿Cómo era posible, si el afilado cuchillo de Zeel había apuñalado a su atacante en vano?

Pero el tentáculo se estaba alejando. Con incredulidad, vio que los demás también le soltaban, liberaban sus manos, el pecho y las piernas, y desaparecían bajo tierra. Y después, Zeel le ayudó a ponerse en pie, mientras gritaba:

—¡Corre! Nos rodean por todas partes. ¡Corre, corre, corre!



Corrieron a toda velocidad a través del polvo. Surgían raíces del suelo delante de ellos y a los lados, pugnando por atraparlos, hasta que la tierra pareció bullir de serpientes blancogrisáceas.

Rowan corría ciegamente, y cada vez que respiraba sentía un dolor indecible en el pecho.

—¡Venga! —suplicaba Zeel—. ¡No te rindas, Rowan!

Agarró su mano con fuerza y le arrastró. El aire estaba impregnado de polvo y de los sonidos espectrales de los árboles. Las raíces se enroscaban en masa bajo sus pies, intentaban cerrarse alrededor de sus tobillos, pero no lo conseguían en ningún momento.

Rowan sabía que no podría seguir mucho tiempo así. No tardaría en tropezar y caer. Y entonces...

—¡Mira adelante! —gritó Zeel—. Allí hay una abertura. Puede que sea el camino. ¡Deprisa!

Salieron a un pequeño claro, un terreno pantanoso muy diferente del resto. Los árboles se cerraban alrededor del claro, inclinados hacia delante.

Rowan y Zeel se internaron en el barro gris y pegajoso. Guijarros y piedras más grandes, retenidos por el lodo, hirieron sus pies y golpearon sus cuerpos cuando avanzaron hacia el centro.

Se detuvieron un momento, jadeantes, aferrados el uno al otro.

—No podemos quedarnos aquí —dijo Rowan sin aliento—. Saben dónde estamos.

Todo su cuerpo temblaba. El barro palpitaba de vida. Las raíces de los árboles se deslizaban a través de él como anguilas blancas, buscándolos.

—¡Veo luz, Rowan! —gritó Zeel de repente, y señaló con el dedo.

Rowan alzó la vista, pero no vio nada. Nada, excepto barro, y árboles, y tentáculos que reptaban en su dirección.

Zeel avanzó con gran esfuerzo.

—¡Mira adelante, Rowan! ¿No la ves? ¡Casi hemos llegado! ¡Casi hemos llegado al final de los árboles! Casi hemos llegado...

Sus palabras terminaron en un chillido estrangulado cuando algo tiró de ella.

Rowan se abalanzó hacia la muchacha. Sacó su cabeza y hombros del barro asfixiante. Luchó con desesperación por liberarla del tentáculo que rodeaba su pecho. Notó una piedra grande contra su pierna. La arrancó del barro y golpeó el tentáculo con ella, arañándolo y mordiéndolo al mismo tiempo, sin querer rendirse.

El tentáculo se revolvió y soltó a su presa. Zeel y Rowan se lanzaron hacia delante, entre sollozos y toses. Rowan alzó la vista de nuevo. Ahora también veía lo que los ojos penetrantes de la Heraldo habían visto antes que él: una luz, que brillaba débilmente más adelante.

Sintió que el terreno que pisaba empezaba a ser más sólido. El pantano estaba acabando. Y también los árboles. Vio la cara del precipicio. Arrojava destellos dorados bajo la luz del sol.

—¡Zeel! ¡Unos cuantos pasos más! —gritó—. ¡Vamos, Zeel!

Corrieron hacia delante, saltando sobre las últimas raíces de los árboles, trepando sobre las dentadas rocas mientras las raíces intentaban cazarlos. Rowan se volvió y las golpeó inútilmente con la piedra que aún sostenía en la mano.

—¡No lo intentes! —dijo Zeel con voz ahogada—. ¡Trepá! Hay un saliente más arriba. Allí nos encontraremos a salvo. No mires abajo. ¡No mires abajo!

Rowan impulsó hacia delante su cuerpo dolorido, esperando sentir a cada momento el tirón en el tobillo que le enviaría al suelo. Vio que Zeel llegaba al saliente, se volvía hacia él y extendía el brazo.

Tomó su mano con las últimas fuerzas que le quedaban y sintió que la joven tiraba de él hasta ponerle a salvo. Después, ambos cayeron sobre la dura roca, y la oscuridad se cerró sobre él.

Rowan abrió los ojos y vio el cielo azul. Oyó el canto de los pájaros. Aspiró una profunda bocanada de aire y se encogió de dolor. Tuvo la sensación de que tenía todos los músculos y huesos de su cuerpo contusionados.

—¿Te encuentras bien?

La voz de Zeel era tan enérgica como siempre, pero cuando la miró, vio ternura en sus ojos.

Asintió, y luego sacudió la cabeza.

—No lo sé —dijo por fin. Se incorporó con un gemido y sacudió los guijarros y la mugre húmeda de sus brazos. La gran piedra cubierta de barro que había sido su arma contra los árboles estaba caída a un lado. La depositó sobre su regazo y le dio unas palmaditas, agradecido.

La chica le miraba con semblante grave.

—Me has salvado la vida —dijo—. Mi pueblo está en deuda contigo.

—No —dijo Rowan—. Tú también me salvaste la vida. Estamos en paz.

La joven miró hacia los árboles de Unrin.

—No —contestó—. Tú te salvaste a ti mismo. Yo no hice nada por ayudarte. Cuando golpeaste la raíz, el árbol te soltó.

Volvió sus ojos claros hacia él.

—Eres más fuerte de lo que aparentas —dijo con aire pensativo—. Ogden tenía razón cuando te envié conmigo.

Frunció el ceño y empezó a desprender guijarros de sus zapatos, negros y empapados.

Rowan acarició la piedra. La notó fría, lisa y consoladora bajo sus dedos. Miró el pequeño pájaro azul que aleteaba detrás de la cabeza de Zeel; picoteaba las bayas de un arbusto que crecía dentro de una grieta del risco. Ignoraba qué clase de pájaro era.

Se inclinó un poco para verlo mejor. Y entonces, vio lo que estaba picoteando: un arbusto de bayas de la Montaña. Comprendió de dónde procedía aquel olor tan dulce.

¡Rin! Una punzada de miedo recorrió todo su cuerpo. El peligro al que acababan de enfrentarse había borrado todo pensamiento de su mente, pero de pronto recordó el motivo de su presencia allí. El motivo de que hubieran afrontado los horrores de Unrin.

—Zeel —exclamó. Intentó levantarse, pero cayó hacia atrás—. Zeel, ¿cuánto hace que estamos aquí? Hemos de seguir adelante. Hemos de encontrar el Valle de Oro. Hemos de...

Zeel sacudió la cabeza. Su cara manchada de barro se veía sombría.

—Lo siento, Rowan —dijo con ternura.

—¿Qué quieres decir?

—He llamado a los demás para que vengan a buscarnos. Les he dicho que hemos fracasado.

—¡No! —Rowan miró a su alrededor con los ojos desorbitados—. ¡No! ¡Escucha! Ogden dijo que estaba aquí. Más allá de Unrin. Por otra parte, un arbusto de bayas de la Montaña crece detrás de ti. ¿Cómo habría podido llegar hasta aquí, a menos que la gente del Valle de Oro bajara la fruta de la Montaña hace mucho tiempo? Ogden dijo que la habían escalado.

—Por lo visto, Ogden no lo sabe todo —repuso Zeel.

Rowan no tenía la menor intención de rendirse con facilidad.

—Pero presentimos que estaba cerca, Zeel. Yo lo presentí, y tú también. La entrada al Valle podría estar allí, en la base de ese risco. Podría estar...

Zeel sacudió la cabeza de nuevo.

—Nuestras visiones no eran más que sueños compuestos de esperanza y miedo. El Valle de Oro no está aquí. —Su cara expresaba un terrible pesar—. Cuántas veces hemos mirado desde lo alto del precipicio, convencidos de su existencia. Pero estábamos equivocados. Desde este saliente, se puede ver toda la cara del risco, como no se ve desde la cumbre. Mira por ti mismo. No hay cuevas, ni túneles en la roca. Nada. —Rowan agachó la cabeza para que la joven no viera su expresión desesperada. No podía creer que esto estuviera pasando. Zeel continuó—: De modo que, a fin de cuentas, el Valle de Oro no era más que una leyenda —dijo con amargura—. Nunca existió. Nunca iba a servirnos de nada. Todo era una mentira, un cuento para divertir a los niños alrededor de la fogata.

Rowan agarró la piedra y la frotó, en busca de una respuesta.

—Tal vez esté en otro sitio —murmuró—. Tal vez, si lo intentáramos...

Se interrumpió, con la vista clavada en la piedra. Su corazón martilleaba en el pecho, y emitió un grito estrangulado.

—¿Qué pasa? —vociferó Zeel, al tiempo que dejaba caer los zapatos y se ponía en pie.

Rowan miraba la pared del risco, que proyectaba reflejos dorados. Bajó la vista hacia los árboles malvados de Unrin y hacia la piedra que acunaba en su regazo. Extendió sus dedos temblorosos y tomó un puñado de guijarros cubiertos de barro del saliente, recogió otros de su ropa, y los frotó entre sus manos. Y cuando vio brillar un color centelleante a través de la capa negra, una oleada de dolor le invadió y se dobló en dos.

—¿Qué pasa, Rowan? —gritó la muchacha—. ¿Te has vuelto loco? De acuerdo, no hemos encontrado el Valle de Oro, de manera que Ogden estaba equivocado en todo. Al igual que la leyenda. Lo cual es triste para todos nosotros. —Su voz se puso a temblar—. Pero hemos de afrontarlo, del mismo modo que los demás. Aún podemos intentar ayudar a nuestros pueblos...

—Ogden no estaba equivocado en nada —susurró Rowan—. Tú te equivocas, Zeel. El Valle de Oro no es una leyenda. Lo hemos encontrado. —Zeel le miró fijamente y sacudió la cabeza en

señal de incredulidad y miedo—. Lo hemos encontrado —repitió Rowan, con la vista clavada en la masa de árboles retorcidos de abajo—. Hemos visto su pared dorada. Ahora estamos acurrucados sobre ella. Hemos recorrido sus caminos enjorjados. Sus joyas se pegan a nuestros zapatos y ropas. Hemos cruzado su fuente de plata. Aún llevamos pegados su barro y su líquido.

Alzó la piedra grande. Liberada del barro, se veía su forma con claridad, y franjas de su color original brillaban al sol. Era un búho dorado de ojos esmeralda.

Rowan respiró hondo.

—El Abismo de Unrin no custodia el Valle de Oro, Zeel —dijo—. Los dos son lo mismo.



—¡No lo entiendo! —Zeel sacudió la cabeza una y otra vez, mirando las joyas que se escurrían entre sus dedos, para luego contemplar la masa oscura de Unrin—. ¿Cómo ha podido suceder esto? ¿Por qué no lo sabía nadie?

—Sucedió hace mucho tiempo —dijo Rowan, recordando los cuentos—. Los Viajeros estaban en la costa, luchando contra los Zebak. Volvieron al cabo de algunos años. El lugar nuevo al que llamaron «el Abismo de Unrin» estaba aquí. El Valle que conocían había desaparecido. Por una casualidad, el alud de rocas caídas desde la Montaña cambió la fisonomía del lugar. Tal vez inventaron la historia de los Gigantes de Inspray para explicarlo. ¿Quién sabe?

—Pero ¿qué me dices de la gente del Valle? —exclamó Zeel—. Pensábamos que eran inteligentes y sabios. ¿Cómo pudieron permitir que semejante enemigo invadiera su hogar? ¿Cómo? ¿Cómo pudieron los árboles llegar hasta aquí y apoderarse del lugar en un espacio tan breve de tiempo? —Paseó de un lado a otro del saliente y alzó la mano para determinar la dirección del viento—. Está cambiando —dijo de repente, al tiempo que guardaba las joyas en sus bolsillos—. Vámonos. Hemos de subir a lo alto del acantilado para esperar a los Heraldos.

Rowan recogió el búho dorado y lo metió dentro de la camisa. Cuando se incorporó, divisó una mancha azul debajo del arbusto de bayas de la Montaña. Se acercó para investigar.

Era el pájaro. Estaba muy quieto, con los ojos cerrados y el diminuto pico entreabierto. Las plumas de su pecho se agitaban suavemente al ritmo de su respiración. Estaba dormido como un tronco. El intenso perfume de las flores de las bayas flotaba en el aire. Las deliciosas bayas eran una tentación.

—Las bayas de la Montaña —susurró Rowan. Vio en su mente las aves de Rin, inmóviles como esta sobre la hierba. Vio a la gente acurrucada en calles y jardines. La gente que había respirado el perfume de aquellas dulces flores rojas, que crecían en todas partes de Rin, más cada día. Más y más...

—¡Zeel! —gritó con voz estrangulada, al tiempo que se volvía hacia ella—. Mi pueblo... Las bayas de la Montaña les han provocado el sueño. ¡El perfume de las flores! Mira ese pájaro.

La joven miró con curiosidad el pájaro dormido, y después se acercó más y lo tocó con un dedo.

—¿Quién lo habría imaginado? —murmuró, y sacudió la cabeza. Miró el rostro angustiada de Rowan y sonrió—. No estés tan preocupado, Rowan. ¿No te das cuenta de lo que esto significa? Significa que nuestro viaje a través de Unrin no ha sido en vano. ¡Significa que la respuesta estaba aquí, al fin y al cabo!

Se levantó de un salto y agarró su mano.

—¡No temas! —exclamó—. El pájaro no está muerto, sino dormido. De modo que tu pueblo también está dormido. Lo único que debemos hacer es regresar a Rin y arrancar todos los arbustos de bayas de la Montaña, o al menos la mayoría. Solo así conseguiremos que la enfermedad del sueño desaparezca.

Rowan frunció el ceño, vacilante.

Zeel puso los brazos en jarras y le miró, muy irritada.

—¡No te entiendo! —gritó—. ¡Tendrías que alegrarte! ¡Vuestro problema está solucionado! No cabe la menor duda de que las bayas de la Montaña fueron la causa de vuestras cuitas. La Montaña es un lugar prohibido. Está llena de cosas extrañas y monstruosas, que ni siquiera podemos llegar a imaginar.

—Yo no estoy tan seguro, Zeel —musitó Rowan, mientras contemplaba el pájaro dormido—. No estoy seguro de que esa sea la respuesta definitiva. Recuerda el poema. El poema de Sheba. No concuerda. Habló de un gran mal, de un enemigo secreto, cuyo poder aumenta en la oscuridad. No pueden ser esos pequeños arbustos. Ni tampoco se puede curar con tanta facilidad la enfermedad del sueño. Tiene que haber algo más.

Repitió el cántico en voz baja:

***El enemigo secreto está aquí.***

***Se oculta en la oscuridad***

***¡id con cuidado, idiotas!***

***Pues día a día su poder aumenta***

***y cuando por fin muestre su rostro***

***el pasado y el presente se reunirán:***

***el círculo del mal se cerrará...***

«Bajo dulces apariencias el mal abrasa... Se oculta en la oscuridad... Día a día su poder aumenta... Y cuando por fin muestre su rostro...».

Algo se removió en la mente de Rowan. Una idea, justo al borde de su conciencia. Parpadeó, intentó atraparla. Y entonces se vio, parado en los campos de los bukshah con Estrella, pensando en los Viajeros y en los cambios que acarreaba la primavera, contemplando la mariposa que emergía de su capullo.

Oyó la voz de Annad: «¿Por qué? ¿Por qué los renacuajos comen hierba, si las ranas comen insectos? ¿Por qué...?».

Cansada de esperar, Zeel emitió un suspiro de impaciencia. Después, señaló el cielo. Dos cometas, una blanca y otra roja, se recortaban contra el azul.

—Tor y Mithren ya vienen —gritó—. Hemos de irnos. Espera... Me llevaré el pájaro. Morirá de hambre si le dejamos dormido aquí.

«Las cosas cambian, Annad —pensó Rowan—. La naturaleza es extraña y maravillosa. Un ser puede convertirse en otro, en el curso de una estación. Las criaturas adultas pueden ser muy

diferentes de sus hijos, con diferentes aspectos, diferentes apetitos, diferentes...».

Abrió los ojos de par en par. Renacuajos y ranas. Gusanos y mariposas.

Zeel se agachó para recoger el pequeño bulto de plumas tendido bajo el arbusto de bayas de la Montaña.

—¡Zeel! —gritó Rowan—. ¡Aléjate!

Y en aquel momento, la tierra empezó a estremecerse bajo sus pies con un ruido ensordecedor. Zeel lanzó un grito de sorpresa, cayó hacia atrás con el pájaro en la mano y casi tiró a Rowan por el precipicio.

—¿Qué está pasando? —chilló, y se aferró a Rowan aterrorizada.

Fragmentos de rocas doradas empezaron a desprenderse de la parte del risco que había más abajo del arbusto de bayas de la Montaña, y cayeron al fondo del valle. El precipicio se estaba partiendo. El arbusto de bayas de la Montaña se agitaba de un lado a otro; bayas y flores caían de sus ramas al ser empujados hacia arriba por algo enorme y poderoso.

—¡Sube! —gritó Rowan—. ¡Sube!

«Y cuando por fin muestre su rostro...».

Zeel guardó el pájaro en un bolsillo de su chaqueta y empezaron a ascender. Sus pies resbalaron en la roca.

—¿Qué pasa? —preguntó Zeel, al tiempo que miraba hacia atrás.

—Es el enemigo —dijo Rowan con voz ahogada—. ¡El enemigo muestra su rostro! Es uno de ellos, Zeel. Uno de los árboles de Unrin. Los arbustos de bayas de la Montaña no son más que los retoños de los árboles de ahí abajo. Los adultos crecen debajo de ellos. Los arbustos atraen al alimento principal de los árboles, gracias a su perfume. Y después...

Con un siniestro sonido de roca al partirse, una forma negra y rechoncha se alzó debajo del diminuto arbusto que la coronaba. Sus raíces blancogrisáceas, similares a gusanos gruesos y serpenteantes, se deslizaron sobre el suelo en busca de comida..., la comida que esperaban encontrar.

Zeel se ciñó la chaqueta.

—Tengo el pájaro —susurró al árbol—. ¡Lo tengo! ¡Tendrás que pasar hambre!

Las raíces empezaron a trepar por la pared del risco. Hacia ellos.

—¡Sube! —gritó Rowan, desesperado.

Ascendieron el risco. Rowan alzó la vista, intentando olvidar el dolor de sus piernas y pecho, intentando olvidar la espantosa caída hasta el fondo. Vio que Tor y Mithren extendían los brazos sin poder hacer nada. Oyó que las raíces del árbol de Unrin azotaban las rocas detrás de ellos, y el sonido de la piedra al partirse cuando el árbol adulto se izó hacia arriba y hacia fuera, liberado al fin de las oscuridades de la tierra.

Rowan siguió ascendiendo, faltar de aliento, mientras una única y horrible visión obsesionaba su mente. El valle de Rin, transformado en un espantoso laberinto de árboles retorcidos y tierra gris reseca. Sus casas y caminos aplastados bajo las ramas negras y las raíces similares a tentáculos. La gente dormida, amarrada a la base de los árboles hambrientos, mientras su vida se iba apagando poco a poco.

***El pasado y el presente se reunirán:  
el círculo del mal se cerrará...***

¡No! No iba a permitir que el círculo se cerrara. No permitiría que Rin fuera destruida como lo había sido el Valle de Oro. No permitiría que su pueblo desapareciera, como había perecido otra raza mucho tiempo atrás. Esta vez, había que detenerlo. Esta vez...

La mano de Tor agarró su muñeca y le izó sobre el borde del precipicio. Rowan vio suaves colinas y llanuras, con hierba y margaritas que se extendían hasta el horizonte. El búho dorado cayó de su camisa al suelo. Se levantó, mareado, y vio que Zeel se derrumbaba a su lado.

La joven permaneció inmóvil, jadeante y agotada. Después, introdujo la mano en su chaqueta y sacó el pájaro. Se había despertado. Se quedó quieto en su palma un momento y, después, como un destello azul, voló hacia la libertad.

—Bien —gruñó Zeel, con un destello de su antigua ferocidad—. Vete, y deja morir de hambre al maldito árbol.

—Levántate, Zeel —la conminó Rowan—. ¡Hemos de irnos! ¡Hemos de volver a Rin!

## 19 ∞ Deprisa!



Volaban. Rowan con Zeel, Allun con Tor, y Ogden con Mithren.

Habían tardado muy poco en regresar de nuevo hasta el lugar donde los Viajeros les esperaban. Apenas unos momentos, unos breves momentos para que Ogden diera sus instrucciones y la tercera cometa estuviera lista.

Pero cada segundo era una agonía para Rowan. Imaginaba a su madre y a John tumbados inertes en la hierba, delante de la casa de Bree y Hanna; a Annad dormida dentro, y también a Lann. Y luego, a todos cuantos había conocido en su vida diseminados por los callejones, los jardines y los umbrales de las viviendas, mientras el enemigo crecía implacable en la oscuridad y las bayas de la Montaña florecían.

¿Cuánto debió de tardar el gigantesco árbol en hacerse lo bastante fuerte para emerger de la tierra? Con un estremecimiento, recordó la voz de Bree: «Pero el suelo era muy duro; parecía de hierro». Duro, tan duro, no por arte de magia como habían pensado, sino porque aquel árbol estaba creciendo allí, en secreto y a salvo, preparándose...

«Más deprisa, más deprisa», pensaba, deseando que el viento empujara la cometa con fuerza, para así ir más rápido. De todos modos, con una profunda sensación de pánico que rayaba en la desesperación, se dio cuenta de que no tenía la menor idea de lo que encontraría al llegar a Rin.

—Ya queda poco —gritó Zeel. Su voz casi se perdió en el viento—. Aterrizaremos sobre las colinas, en algún lugar despejado.

Rowan miró hacia abajo y vio unas colinas doradas y, más allá, el valle. El mosaico de campos marrón y verde había quedado atrás. Ahora, Rin se extendía ante él como una alfombra de flores rojas.

Las bayas de la Montaña se habían propagado con asombrosa rapidez. Las había por todas partes: en los jardines, en las callejuelas, en los campos, en el huerto.

—¿Qué haremos ahora, Zeel? —gritó desesperado.

Su duro rostro de cejas negras se volvió hacia él, y en la palidez de sus ojos pudo ver la despiadada ira de una guerrera Zebak.

—Gracias a las estrellas, aún no se han extendido por el valle —gritó—. Ahora será fácil hacer lo que habíamos planeado. Las quemaremos, Rowan. ¡Las quemaremos todas, todas!

‡ ‡ ‡

Corrieron juntos colina abajo. El polen de las margaritas hizo estornudar a Rowan, y las lágrimas empezaron a resbalar por sus mejillas. Pero nunca más volvería a maldecir a las margaritas, se

prometió. En Rin siempre las arrancaban. Aquellas cositas dulces, alegres y silvestres eran molestas y no servían para nada. Pero las bayas de la Montaña habían sido muy bien recibidas, pues eran una fuente de orgullo y riqueza. Probablemente, la gente del Valle de Oro se había sentido igual cuando trajeron puñados de bayas desde la Montaña, en señal de triunfo.

«Los mismos errores, el mismo orgullo de siempre».

Ahora, el poema tenía sentido. Todo, menos un verso. Rowan pensó en ello mientras llegaba al bosquecillo donde había encontrado a Sheba. El recuerdo de aquellas palabras sonaba como un eco en sus oídos. Aún quedaba un misterio por resolver, uno más.

—¡Allí! —gritó Zeel, señalando una bruma espumosa de color rojo debajo de uno de los árboles. Cogió una rama cubierta de hojas muertas y le prendió fuego.

—¡No! ¡Aquí no! ¡Aún no! —gritó Allun pasando a su lado—. ¡La gente! ¡Primero hay que sacar a la gente! ¡Mi madre, Marlie, Jiller, Jonn...! ¡Son tantos...! ¡Debemos apresurarnos! ¡Rápido!

—Será solo un momento —dijo Zeel, arrojando las hojas encendidas en medio de los arbustos de bayas—. Un solo instante para acabar con estos demonios y... ¡Oh!

Su grito los obligó a detenerse, a volverse y mirar. Vieron las llamas saltar entre las plantaciones de bayas, y luego silbar y extinguirse, y el suelo se abrió y agrietó, entre una lluvia de terrones de tierra y matojos de hierba.

Y vieron, asimismo, los árboles alzarse, colosales, hinchidos, negros como la noche. Sus raíces, gruesas como serpientes mitológicas, se agitaban, restallaban en el aire en dirección a Zeel, hacia ellos, hacia todo ser vivo que pudieran atrapar y arrastrar.

—¡Corred! ¡Corred!

Rowan oyó sus propios gritos, mientras veía a Zeel saltar alocadamente de un lado a otro intentando alejarse de los árboles, de los tentáculos que, retorciéndose, pretendían darle caza.

Llegó a su lado con el rostro pálido.

—El fuego —dijo con voz ahogada—. Tan pronto como llegue a las plantas, los árboles escapan. Deben de estar muy furiosos. Y son enormes, Rowan, mucho más que los de Unrin.

—Aquí la tierra es mucho más fértil —se lamentó Ogden.

Allun temblaba.

—Marlie y yo nunca vimos nada parecido en la Montaña —dijo—. Había algunos árboles pequeños y retorcidos detrás de los arbustos donde solía coger las bayas, pero...

Ogden se frotó el mentón.

—En la Montaña hay poca tierra, la roca empieza justo debajo del suelo y soplan vientos fríos. Allí, esta maldita planta debe quedar atrofiada, alimentándose de insectos y otras criaturas reptantes. Pero aquí, al igual que en el Valle de Oro, nada la detendrá.

Rowan se había quedado petrificado. Las llamas en las que había depositado tantas esperanzas eran inútiles. Y lo peor era que no se le ocurría ninguna otra manera de salvar el valle.

Allun le asió del brazo.

—Tenemos que sacar a la gente de aquí —dijo en tono apremiante—. Es nuestra única posibilidad. Tenemos que sacarlos, tantos como podamos. Antes de que... antes de...

No pudo seguir.

Ogden frunció el entrecejo.

—Debe de haber algún modo —musitó—. Siempre hay una salida. La tierra lo sabe. Protege a sus criaturas. Mantiene el equilibrio.

—Esta vez no —gritó Allun—. Porque estas «cosas» son de la Montaña. ¡Y están aquí por mi culpa! —Sus ojos se llenaron de lágrimas—. ¡No puedo esperarte! —gritó.

Dicho esto, corrió hacia el pueblo. Zeel, Tor y Mithren le imitaron. Pero Rowan se quedó con Ogden.

—La Montaña también forma parte de la tierra —le dijo Ogden—. Y debe de haber una forma de...

Oyeron un grito lejano, pero no se movieron.

—Recita el poema, Rowan —le urgió Ogden.

Rowan tragó saliva y empezó:

***Bajo dulces apariencias, el mal abrasa,  
y la vieja rueda poco a poco gira.***

***Los mismos errores***

***el mismo orgullo de siempre***

***la armadura inestimable descartada.***

—¡Alto! —Ogden alzó la mano—. «La armadura inestimable descartada» —repitió—. ¿Qué significará?

—No lo sé —murmuró Rowan, desesperado—. He intentado comprenderlo una y mil veces, pero no consigo adivinar a qué se refiere. Parece una bobada, y aun así, todos los versos del poema son importantes, ¡todos!

—Y así debe ser —replicó Ogden—. ¡Piensa, Rowan! Tú has de saber la respuesta. Tal vez está enterrada en tu interior, pero ahí está. Porque eres especial. Hay algo especial en ti. Escapaste de la enfermedad del sueño y salvaste a Allun. Te salvaste, y también a Zeel, en el Abismo de Unrin. Y todo lo hiciste tú solo. ¿Cómo? ¿Por qué?

—¡No lo sé! ¡No lo sé! —gritó Rowan, sepultando el rostro entre sus manos. Como en una especie de eco burlón, oyó la despectiva voz de Sheba: «¡Conejo escuchimizado! ¡Mocoso alfeñique, que te asustas de tu propia sombra! No le sirves de nada a tu madre... No le sirves de nada a nadie... ¡alfeñique!, ¡mocoso!, ¡alfeñique!, ¡mocoso...!».

Respiró con dificultad. Se vio arrastrando a Allun fuera de Rin, hacia las colinas, mordiendo y arañando las asfixiantes raíces de los árboles de Unrin. Recordó algo que había dicho Jonn. Recordó también a Zeel: «Gracias a las estrellas, aún no se han extendido por el valle». Recordó a Sheba, con los ojos vidriosos: «Lo único que sé es que tengo que hacer algo».

Se volvió rápidamente hacia Ogden.

—¡Las plantas no podían salir del valle! —gritó—. Porque las colinas aún llevan puesta la

armadura, su armadura de oro, su inestimable armadura. Como yo. ¿Te das cuenta?

Ogden lo miró fijamente.

—¡Llama a los demás! —gritó Rowan—. Sé lo que necesitamos. Y también sé dónde encontrarlo. Está preparado y nos espera. ¡Ogden, por favor!

Ogden no se demoró en preguntas. Apoyó su flauta de caña en los labios y sopló.

 Pero Rowan ya se había puesto a correr.

—¡Aquí, aquí! —gritaba mientras corría. Tomó el camino más corto que conocía, abriéndose paso entre los árboles y los arbustos, gritando para que le pudieran seguir.

Decenas de arbustos de bayas de la Montaña estaban agrupados alrededor de la puerta de la cabaña de Sheba. Eran muy grandes. Estaban preparados. Ratonés, lagartos y pájaros yacían en el suelo, a la espera de ser devorados. Y dentro, algo más grande.

Rowan entró en la cabaña como una exhalación. Sheba estaba acurrucada junto al fuego, como un fardo de trapos viejos y pelo lacio. Saltó por encima de ella hasta la gran olla de hierro que colgaba sobre los carbones apagados. Estaba llena hasta el borde de un líquido maloliente y aceitoso. Rowan tomó una cucharada y bebió. ¡Sí!

—¡Rowan! ¿Estás ahí? ¡Rowan!

Corrió hacia la entrada. Ogden y los Heraldos estaban en el umbral.

—¡Mirad! —gritó Rowan. Tiró unas gotas de líquido sobre las plantas que había a sus pies. Se estremecieron y se desmoronaron. El suelo tembló. Y entonces, mientras Zeel, Tor y Mithren chillaban, aparecieron de nuevo los espantosos troncos negros, pugnando por emerger.

Los Heraldos se echaron hacia atrás, pero Rowan no se movió. Dejó caer unas cuantas gotas más del brebaje de las margaritas sobre las cosas que se retorcían. Y entonces, se estremecieron y revolvieron sobre sí mismas, y por fin, con un horrible suspiro de odio, se partieron de un extremo a otro y quedaron inmóviles.

—Las margaritas —dijo Rowan con voz estrangulada—. Ellas son la armadura. Jonn dijo a Annad que donde crecen las margaritas no viven otras plantas. De manera que las arrancamos. Todas. Y la gente del Valle de Oro también debió de hacerlo. Para plantar sus huertos, construir sus casas y pavimentar sus caminos de joyas. Por eso, cuando llegaron las bayas de la Montaña, estaban indefensos. Igual que nosotros.

Alzó la olla.

—Pero esto... Esta poción se hace a partir de raíces de margarita. Yo la he estado tomando sin parar. Soy el único que lo ha hecho. He tomado tanta, que los árboles no pudieron conmigo. Los mata. ¡Los mata!

Los Heraldos corrieron hacia él.

—Hay mucha poción —farfulló—. Sheba la preparó. Lo sabía. Sabía lo que debía hacer. Pero ignoraba por qué. ¡Adentro, deprisa!

—Llenad botellas con la sustancia —ordenó Ogden—. Tomad las cometas. Dejad caer el líquido primero en el pueblo. Proceded con cautela. No malgastéis ni una gota. Rowan, provéete

de jarros, cuencos, lo que sea. Nosotros iremos a pie.

—¡Mi madre! —exclamó Rowan—. ¡Mi hermana! ¡En los jardines!

‡ ‡ ‡

Los jardines estaban plagados de serpientes blancogrisáceas. Reptaban sobre la hierba, se enroscaban en el pelo de Jiller, avanzaban hacia Jonn. Los árboles estaban inclinados hacia delante, rompían las vallas, en dirección a la casa donde había más carne dormida, lista para ser devorada.

Rowan corría entre ellos, gritando, al tiempo que les arrojaba el precioso líquido, y veía con salvaje placer cómo se partían y retorcían y sus raíces caían sin vida sobre la hierba.

Ogden le dejó actuar y se dedicó a ir vertiendo el líquido de su jarra donde era necesario. Entretanto, las cometas daban vueltas y se lanzaban en picado, y sus jóvenes conductores realizaban el mismo trabajo sobre el pueblo.

Entendía cómo se sentía el muchacho. Sabía muy bien lo que era defender un hogar. Toda esa tierra era su hogar, y en su momento había luchado por ella. Pero nunca así, pensó. Nunca había existido un enemigo semejante.

Después se corrigió. Pues claro que sí. Estaba olvidando el círculo. Mucho tiempo atrás, el mismo enemigo había bajado de la Montaña. Y había vencido.

—Pero esta vez no —dijo en voz alta, al tiempo que inclinaba su jarra. Vio que las gotas caían, y que las bonitas plantas de grato perfume se marchitaban y morían—. Esta vez, un niño resfriado os ha ganado.

Hizo una pausa. Vio un ratón dormido a sus pies, que de pronto se removía, se incorporaba, se limpiaba los bigotes sorprendido y salía corriendo. Sonrió mientras lo seguía con la mirada. Estaba pensando en la historia que contaría.

‡ ‡ ‡

Las llamas de la hoguera saltaban a gran altura. Los niños escuchaban con los ojos desorbitados.

Ogden, el narrador de historias, se inclinó hacia delante, con el enjuto rostro envuelto en sombras.

—Y Rowan tomó el líquido del caldero de la bruja y corrió, gritando como un hombre enloquecido, gritando con cien voces, entre los árboles venenosos que se retorcían y le escupían.

Jiller apretó el brazo de Rowan. Jonn apoyó una mano sobre su hombro. Annad se acurrucó en su regazo.

—¿Fue así, Rowan? —preguntó en un susurro.

El muchacho se encogió de hombros. No lo recordaba así, pero no iba a estropear un buen cuento. Aún no, en cualquier caso. Era demasiado dichoso. Sentía demasiado alivio. Estaba henchido de demasiada alegría.

Sonrió a Allun, que estaba de pie cerca de Ogden, con los brazos alrededor de Sara y Marlie.

Sabía que nadie culpaba a Allun de lo sucedido. Todo el mundo aceptaba la culpa por igual. Así lo habían manifestado. Allun había sido saludado como un héroe, por acompañarle en busca de los Viajeros y luchar contra el enemigo.

Sonrió a Zeel, que le contestó de la misma manera por encima de las llamas. Vio a Neel, el alfarero, y a Bree y Hanna con Maise y sus demás hijos. Vio a Bronden, a Val y Ellis, a Timon, a Lann. Y a todos los demás. Todo el mundo estaba presente. Todo el mundo, excepto Sheba, que los maldecía y llamaba idiotas, encerrada en su cabaña.

Los meses venideros serían duros. Habría mucho trabajo que hacer, reparar los daños causados por los árboles de Unrin al pueblo. La comida escasearía. Habría que plantar nuevas cosechas. Pero todo el mundo se regocijaba. Estaban vivos.

Ogden alzó la voz.

—Y Rowan volvió a rociarlos con el brebaje, una, dos, tres veces —gritó—. Chillaron, y se retorcieron, y se partieron... y murieron. —Hizo una pausa y paseó la vista a su alrededor. Su voz se convirtió en un murmullo—. Y sus raíces, enroscadas todavía en el pelo de su madre, se marchitaron y desmenuzaron. Inutilizadas. Impotentes. Muertas.

Un murmullo se elevó entre la multitud.

—Y en todo el pueblo, Allun y los Viajeros estaban cumpliendo su cometido, y las demás plantas malélicas iban muriendo. Al anochecer, el pueblo se había salvado. Los bukshah habían regresado. La gente había despertado. Y también los pájaros, y las crías de los bukshah, y todos los demás seres que a punto habían estado de ser devorados y destruidos por los árboles de Unrin. La vida había vuelto al valle. La rueda se había detenido. La vieja historia tenía un nuevo final. El círculo se había roto.

»Y la gente de Rin se regocijó, y cantó, y fue feliz. Durante un tiempo, se olvidaron de las riquezas. Por una vez, fueron como los Viajeros. Felices tan solo de respirar el aire. De contemplar el cielo. Y aquella noche, cuando la luna llena salió, Ogden, el narrador de historias, contó un cuento. Un cuento que repetiría una y otra vez, a lo largo y ancho del país, durante los años venideros. —Se echó hacia atrás—. Es una historia de valentía y miedo; de leyenda y verdad; de un acertijo y una solución; de suspicacia y amistad; de un tesoro perdido y de otro tesoro salvado; de un terrible enemigo que no llegó de fuera, sino de dentro. —Sonrió—. Y, sobre todo, el cuento de un conejo escuchimizado, con una nariz llena de mocos y un gran corazón, que regresó para salvar su hogar y no paró hasta conseguirlo.

La gente se puso a aplaudir y vitorear. El tumulto se prolongó varios minutos. Resonó en el valle. Arrancó ecos de la Montaña. Flotó sobre las colinas hasta los carromatos de los Viajeros, que volvían en silencio a Rin.

Y cuando el sonido se apagó, Ogden se levantó.

—Hay una cosa más —dijo—. Tomó una bolsa de seda que Zeel le entregó. Rodeó el fuego poco a poco, en dirección a Rowan—. Tu pueblo está en deuda contigo —dijo—. Pero nosotros también. Salvaste la vida de nuestra amada hija adoptiva, Zeel, y por eso solo bastará con llamarnos y nosotros acudiremos a ti. Dondequiera que estemos. En cualquier momento. Esta es nuestra solemne promesa. —Tendió a Rowan una flauta de caña—. Y —añadió Ogden como si tal

cosa, al tiempo que introducía la mano en la bolsa— te dejaste estas cosas en nuestro campamento. Ahora, te las devolvemos. Es posible que tu pueblo les encuentre una utilidad en los meses venideros.

Las piedras preciosas cayeron de sus dedos en el regazo de Rowan como gotas de lluvia multicolores. Una exclamación ahogada se elevó entre la multitud. Los ojos negros de Ogden centellearon. Su brazo se hundió en la bolsa. Y depositó en las manos de Rowan el búho de oro. Lo habían limpiado y pulido. Brillaba como el sol. Sus ojos eran como fuego verde.

—Vende el resto, pero conserva esto —dijo—. Como yo, es muy viejo, muy valioso, y tiene muchas historias que contar. Guarda esto, Rowan de los bukshah, como señal de nuestra amistad. Ahora, es el único de su especie. Pues no iremos a explorar el Abismo de Unrin, para desenterrar los tristes huesos y la gloria pretérita del Valle de Oro. El tiempo de ese lugar dorado ha terminado. Al igual que el tiempo de Rin acaba de empezar. —Volvió hacia la hoguera en medio de un estupefacto silencio y se sentó—. ¡Bien! —dijo. Miró a su alrededor y apoyó las manos sobre las rodillas—. ¿Alguien querría dar de cenar a un pobre e inútil Silvestre?

Y no hubo ni una sola persona que no se apresurara a cumplir su deseo.

**FIN**



JENNIFER JUNE ROWE. Nació en Sydney, Australia, 2 de abril de 1948. Escritora australiana, cuya novela negra se publica bajo su propio nombre, y sus libros para niños bajo el seudónimo de EMILY RODDA DICKINSON y MARY-ANNE.

Se licenció en Literatura Inglesa en la Universidad de Sydney en 1973, y trabajó varios años como editora, primero para varias editoriales, y después para una revista.

Durante esa época comenzó a escribir libros para niños bajo el seudónimo de Emily Rodda (nombre de su abuela). Su primer libro, *Algo especial*, fue publicado en 1984 y ganó el premio *The Australian Children's Book Council Book of the Year for Younger Readers*.

De 1984 a 1992, Rowe continuó su carrera en el mundo editorial, y luego como editora de *Australian Women's Weekly*, escribiendo novelas en su «tiempo libre». En 1994, Rowe se convirtió en escritora a tiempo completo. Ahora divide su jornada laboral entre las consultorías para los editores de libros y su propia escritura.

Algunas de sus novelas han sido llevadas a televisión y ha recibido numerosos premios.